

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 27 - Septiembre de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4 El lazarillo de Cuenca



6 El don de las esmeraldas



10 Fifa culture



12 Constituyentes en la selva



16 Por aquí pasaron



20 ... Y yo que lo iba a dejar



Universo Centro
Publicación mensual
Dirección y fotografía
Juan Fernando Ospina
Comité editorial
Sergio Valencia
Fernando Mora
Pascual Gaviria
Juan Carlos Orrego
Guillermo Cardona
María Isabel Naranjo
Corrección
Sergio Valencia y equipo UC
Diseño y diagramación
Lyda Estrada
Coordinación comercial
José Alejandro Zuluaga
Ramón Marulanda
Distribución
Érika, Sebastián y Gustavo
Asistente
Érika Acero
Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 27 - Septiembre 2011
15.000 ejemplares
Impreso en La Patria
universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita

www.universocentro.com



El efecto Bolillo

Sólo un cínico o un tonto podría negar que, a lo largo de la historia, el hombre se la ha pasado zurrando a la mujer. No por casualidad se ha hecho clásica aquella imagen de un Picapedra del Holoceno arrastrando de los cabellos a su cuidada Vilma, ante la rampante indiferencia de los Pablos Mármol de turno. Por lo mismo, nada más oportuno que pedir igualdad de género en foros y vallas, y nada más necesario que ajustar las clavijas del orden ciudadano para frenar el maltrato a la mujer. Si a esa reivindicación es a lo que se llama feminismo, que tenga larga vida.

Sin embargo, una cosa es el feminismo y otra, muy distinta, la masculinofobia que crece día a día en nuestro país o, por lo menos, en nuestra ciudad. Su primera manifestación se dio en Bogotá, con motivo del *affaire* Bolillo, y de allí irradió hasta nuestra villa. Porque, más allá del evidente exceso del campechano entrenador, no dejó de ser furibunda su crucifixión, como paradójico el hecho de que, salvo unos testigos quizá tan ebrios como él y de una víctima de rostro tan borroso como las heroínas de los mitos, no hay quien sepa a ciencia cierta cómo fue el hecho que motivó la cruda sentencia. Descenderá el Pereira —porque la destitución de Bolillo tuvo como efecto colateral la salida de Julio Comesaña del banco matecaña—, y no sabremos ni el móvil ni la lógica de la famosa trifulca a la salida del bar El Bembé.

Se dirá que Bolillo cavó su propia tumba, y nada tan cierto. El problema es que el asunto ya se salió de madre, y las lecciones para los sentenciados ya no son la simple salida de un banco de entrenador: ahora se trata de dejar el puesto en la existencia. Pasó no hace mucho en el Metro, y acabó siendo *vox populi* a pesar del silencio cómplice de las instituciones que administran la moral local: un fabricante de arepas fue asesinado a golpes porque a una jovencita —también sin rostro— le pareció que él la había manoseado. Pudo ser, pero —y he ahí el *quid*— pudo no ser, y en ningún caso estaba justificado que el desdichado obrero actualizara el título tremebundo de un viejo libro del ecuatoriano Pablo Palacio: *Un hombre muerto a puntapiés*. Quienes levantaron al arepero (sin suerte) dicen que el líquido cefalorra-

quídeo le chorreaba por la boca. Pero si al personaje del cuento lo mataron por propasarse con un muchacho cuando Latinoamérica aún no salía del clóset, a él lo mataron, quizá, nada más que por estar parado detrás de una muchacha, hace algunas semanas. Los dos hechos son atroces, pero se advertirán las diferencias.

Cuando cerrábamos esta edición alguien contó un chisme callejero en nuestra mesa de redacción. De acuerdo con el informante, un conocido suyo y su novia, beodos, tropezaron mientras se hacían arrumacos y cayeron sobre algún andén del centro de Medellín (también para ello hay un título: *Un tropezón cualquiera da en la vida*). Cuando se pusieron en pie, mientras se sacudían el polvo —caso un feliz prelude de lo que prometía la larga noche—, los rodeó una banda de malandrines justicieros. El jefe sacó una navaja y la hundió en el mentón del Romeo, al mismo tiempo que le endilgaba una advertencia nada literaria: “Las mujeres no se tocan, pirobo”. Se desconoce por qué lo dejaron con vida.

Quién sabe dónde y cuándo se materializará nuevamente el virulento efecto Bolillo. Tampoco sabemos cómo evolucionará esa cepa maligna, si crecerá en ferocidad y alcance y si su historia a nuestro lado va a ser tan larga como la del sida. Si aceptamos que las raíces del mal están en la peor atrofia de la mojigatería hipócrita de la montaña o en un monstruoso y colectivo sentimiento de culpa (acumulado en siglos de golpes contra las mujeres), estamos autorizados para esperar lo peor. Por eso recomendamos al ciudadano XY evitar los autobuses repletos, olvidarse de las tumultuosas promociones del Éxito o Flamingo, desafiarse de la tumultuosa barra brava a la que acaso pertenezca y pasarse al otro lado de la acera si su paseo coincide con la salida de un colegio femenino. Como van las cosas, cualquiera es candidato al linchamiento. ☹

Brisas de La Iguaná

Redacción UC

Un martes lluvioso de febrero, hace 40 años largos, Misael Pastrana llegó a Medellín para entregar una urbanización de edificios medianos para la clase media. Pastrana creía estar cortando la cinta de un suburbio que sería clientela. No sabía que inauguraba un barrio con voz propia y labia larga.



En el principio era La Iguaná. Los viejos mapas de la zona de Otrabanda muestran un hilo negro en medio de un amplio cauce gris. La quebrada hacia de las suyas al menos tres veces cada año y sus vecinos se acostumbraron a vivir con los pantalones remangados hasta la rodilla. La Iguaná era el demonio de la zona y solo quienes estaban obligados a enfrentarla —pobres de solemnidad, campesinos recién bajados, areneros, lavadores de cueros— daban la pelea contra sus embestidas y su mala fama. La leyenda negra la completaban los malos olores y el zumbido de las moscas. Además de las cortumbres y sus aguas fétidas estaban los mataderos y una fábrica de jabones en cercanías de lo que hoy es Suramericana, para terminar de ensuciarlo todo.

Los barrios de Otrabanda que ya lucían rosales en el antejardín preferían mirar más hacia la calle San Juan que hacia Colombia. Laureles y La América le daban la espalda a esas mangas turbias llenas de saucos, pomos, guamos y algunas eras de maíz y frijol, y arrugaban la nariz frente a los tugurios en las orillas del ferrocarril y los talleres en Naranjal. Pero un buen precio es capaz de vencer todos los prejuicios. Y poco a poco aparecieron los inversionistas decididos a convertir esas tierras malsanas en apeteci-

bles: “de fincas a estancias, de estancias a parcelas, de parcelas a mangones, de mangones a mangas y de mangas a lotes”. Cuando en el centro una vara cuadrada valía 50 pesos, en cercanías de La Iguaná se podía conseguir entre 2 y 5 pesos.

J. B. Londoño, la Compañía Industrial de Sombreros y Lisandro Ochoa, un cronista con buen ojo y buen bolsillo, fueron algunos de los grandes inversionistas en la zona. Era cuestión de arrendar los predios como potreros y esperar. Desde 1932 se hablaba de proyectos urbanísticos en Otrabanda. Un plano de la época dibujaba una pequeña ciudadela en el sitio exacto donde hoy está Carlos E. Restrepo. Era apenas un triángulo modesto en una porción de la ciudad que mostraba los tranvías eléctricos de La América, Belén y Robledo, señalaba el estadio Los Libertadores en San Joaquín y le entregaba importancia a la calle Colombia como salida al occidente.

A mediados de los años sesenta llegó la certificación definitiva para esa encrucijada. La Biblioteca Pública Piloto había desafiado el ambiente desde 1952. Luego se vendieron los lotes para los centros comerciales Los Sauces y El Contemporáneo, y el almacén Sears le señaló al Éxito dónde debía montar

su local y cómo no debía manejarlo. En 1966 Suramericana todavía tenía dudas sobre su edificio de oficinas y su proyecto de viviendas. Le preguntó, entonces, a una firma consultora llamada Asesorías e Interventorías (AEI). El informe se puede resumir con una frase vieja: “No lo piensen más”. Ya el municipio hablaba de una “zona en pleno desarrollo para uso habitacional” y el Instituto de Crédito Territorial (ICT) anunciaba un “gigantesco plan de vivienda en Medellín”.

En 1970 llegó el gobierno de Misael Pastrana con una frase que hoy bien podría ser propiedad de Angelino Garzón: “Frente social, objetivo el pueblo”. Medellín tenía dos grandes proyectos apoyados por el ICT, uno para familias pobres en López de Mesa en el norte y otro al pie de la Biblioteca Pública Piloto pensado para “la laboriosa clase media de la ciudad”, según los avisos de prensa. En el diario *El Correo* de 1971 aparecen múltiples avisos con las listas de los “preseleccionados dentro del plan alcancía aplicado a la Urbanización Carlos E. Restrepo”. Medellín era todavía un pueblo en busca de costumbres de ciudad. Las notas sociales dan cuenta de los acontecimientos memorables: “Doña Clementina P. de Ospina ofreció a sus amigas una taza de té. El juego de canasta tuvo lugar ayer en su casa de Perú con El Palo”.

El martes 16 de febrero de 1971 llegó el presidente Misael Pastrana a la ciudad. Fue recibido por el ceño fruncido del gobernador Diego Calle y la sonrisa conservadora del alcalde Álvaro Villegas. Se fue para el barrio Las Nieves, arriba de Manrique, para hacer la primera visita presidencial a la comuna nororiental. Según *El Correo* fue aclamado por la multitud y rompió el protocolo para juntarse con el pueblo. Les dejó el cassette del discurso: “En nuestro país la reforma urbana será quizá la más avanzada de América... Hemos pedido al ICT centrar sus esfuerzos en suministrar auténticas viviendas populares y bueno ámbitos para los colombianos más pobres”. Siguió para López de Mesa a entregar las más de 600 casas y remató en Carlos E. Restrepo. Según el cronista de la época fueron 2 horas y 17 minutos de frenesí popular antes de prepararse para el coctel de rigor en el Club Unión.

En Carlos E. Restrepo se entregaban los primeros 216 apartamentos de los 1000 proyectados. Un aviso de página entera lo celebraba: “No estamos prometiendo, estamos cumpliendo”. En el acto público, bajo un toldo y con un edificio como telón de fondo, el director del ICT le explicaba al Presidente Pastrana —a las 5:40 de la tarde— que un año y medio atrás esos terrenos estaban ocupados por tugurios cuyos habitantes fueron llevados a otras viviendas. Pastrana admiró el primer piso del edificio marcado con el número 53-14 y “acarició una niña y estrechó docenas de manos” antes de ir a bañarse para estar presentable en el Club Unión.

La lista de los “felices propietarios” que entrega *El Correo* tiene profesores, jueces, la viuda de un cronista radial, jubilados y un decorador de Fabricato. También hay un estudiante burgués entre esa “laboriosa clase media”. El periódico no se cansa de elogiar el nuevo suburbio: “los apartamentos son cómodos y acogedores. La zona verde es grande y bien distribuida”. Y eso que todavía era un peladero, qué tal que lo vieran hoy cuando ya está cubierto por un toldo verde de 40 años que sembraron sus primeros dueños.

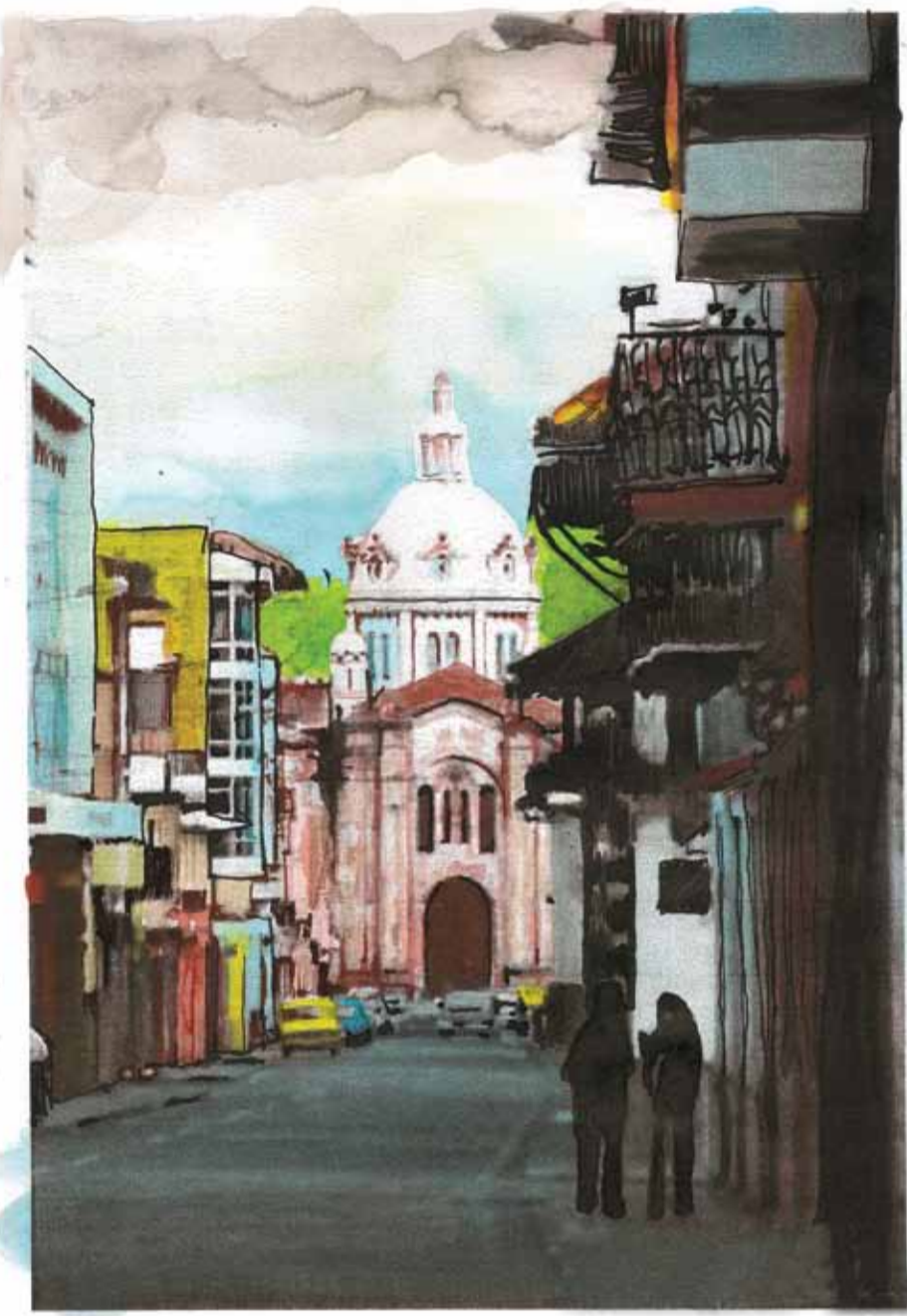
Pocas veces los elogios de la prensa no producen risa una vez han pasado cuatro décadas. Los habitantes de Carlos E. Restrepo supieron construir un barrio abierto y saludable en medio de las recientes emboscadas del miedo, se han resistido a las rejas y a las serpenticas de acero, y ni siquiera la vecina funeraria que ya viene podrá oscurecer su ambiente de cantina y parque infantil, de cafetería universitaria y guarida de jubilados, de primera estación para la fiesta y casa de abuelos. En este caso es la ciudad la que le debe al barrio. ☹





El lazarillo de Cuenca

Ricardo Peña. Ilustración Lyda Estrada



Fui a Santa Ana de los Ríos de Cuenca por error: creyéndome émulo del Sabio Caldas, había proyectado una excursión a Ingapirca, en la provincia ecuatoriana del Cañar. Por interpuesta persona, una cuencana —bien pagada de su patria chica, concluí después— me hizo saber que, necesariamente, debía viajar primero hasta la ciudad de los atletas, y que sólo después podría abordar el par de buses que me llevaría a las célebres ruinas incas. Muy tarde supe que bastaba con bajarse en El Tambo para ahorrar casi dos horas de camino, pero qué podía hacer: a mil kilómetros de casa, estaba a merced de los arides del orgullo provinciano.

Las sombras de la noche empezaban a disiparse cuando el bus tocó en la estación de Cuenca y el conductor, en cumplimiento del consabido gesto etnográfico, asomó su cabeza para decirnos: “Servidos, señores: están en Cuenca”. Me bajé y, desamparado, escudriñé todas las esquinas en busca de pistas sobre la dirección que debía tomar. El Sol saldría en un rato, y hasta entonces no tendría mucho sentido poner en marcha la segunda parte del paseo arqueológico. Di con la salvación cuando pregunté sobre el modo de llegar a Ingapirca a un hombre de mi edad —calvicie universitaria, barba rala, ropa sport de buen gusto—, quien, a primera vista, también había

perdido la iniciativa al descender del vehículo.

—¿Va para allá? Todavía está muy temprano. Mientras tanto, vaya y conozca el centro de Cuenca. Si quiere lo acompaño: yo no tengo nada que hacer hasta las ocho, que abren las oficinas. Me llamo Esteban Rueda y soy médico especialista en apiterapia.

Tomamos calle abajo y, cuatro cuadras más adelante, estábamos ingresando a la zona histórica de la ciudad. Mi compañero me prodigaba una perorata entusiasta, henchida de explicaciones bien tasadas y guiños sugestivos a propósito de los edificios y los habitantes: a todas luces, él disfrutaba el papel de lazarillo que tan inopinadamente le había caído del cielo, y, contra la amenaza tácita en su presentación, se mostraba por completo desentendido de la oportunidad de hacer propaganda fácil a su misteriosa medicina tocada con miel de abejas.

El centro se disponía a partir de una iglesia ancha y baja, sembrada en el extremo de un parquecito rectangular que daba inicio a la calle Simón Bolívar —indicio claro, en los países de la Gran Colombia, de que se está cerca de algún corazón urbano—. Esteban mencionó no sé qué devociones, pero apenas lo oí: más me interesó la prolongación de la calle hacia el oeste, cerrada a lado y lado por edificios altos y rancios. El frío húmedo que envolvía la ciudad y el techo gris de nubes que la tapaba formaban un con-

traste extraño con los cantos jubilosos de los pájaros del parque. Pero más adelante, cuando la zona verde ya había quedado atrás, los ladrillos de otros siglos reparaban la coherencia perdida. No sé si mi guía lo notó, pues cuando apenas me habituaba al cambio de escenario me compartió un dato sugestivo:

—A alguien se le ocurrió decir que Cuenca era un lugar tranquilo para morir, y eso ha hecho que muchos gringos jubilados se radiquen aquí. Compran las mejores casas, pisos y manzanas enteras, y se sientan a acabar de envejecer.

El colofón del informe me pareció cándido: los norteños se aventurarían hasta esta mitad del mundo por razones que irían mucho más allá de merecer la buena muerte de San José: ellos querían sembrar, como granos de maíz, los dólares de su pensión, y —como ocurre en todos las mecas del turismo “mochilero” latinoamericano— suyos serían los pubs, los cafés afectadamente informales, los hostales y los comercios de artesanías y regalos. Pero Esteban me contaba la historia con lirismo irredento; el mismo que le llevó a señalarme las altas iglesias que se alzaban sobre la calle Simón Bolívar. Acabé prendándome de su charla museográfica cuando mencionó al santo lasallista ecuatoriano: el Hermano Miguel Febres Cordero, cuya cara triste con nariz infinita fue inspiración de varias carteleras, por allá en 1984, cuando yo cursaba el cuarto grado en un colegio de la congregación y el hermano fue incluido en la tómbola de canonizaciones de Juan Pablo II.

—Eso que usted ve ahí es la casa arzobispal. Ahí vivió el hermano Miguel. Más atrás, en la calle Mariscal Lamar, está la estatua. Pero no vaya por allá esta noche, si es que se queda: después de cierta hora es sola y peligrosa.

No me importó el mal augurio, pues a esas alturas yo veía a Cuenca con otros ojos: la familiarísima sombra del santo, o quién sabe si la luz de su aureola, le conferían un color especial a las calles, las fachadas y las caras de los escasos viandantes. Ahora no sentía que estuviera allí por error sino por predestinación, y mi remota comunión con la fama de Miguel Febres hacía que me creyera iniciado en los misterios de la metrópoli del sur ecuatoriano. El médico y apicultor interrumpió mi fantasía de acólito para mostrarme la mole de la alcaldía: un edificio en piedra de color palacio-presidencial, dominado por un balcón redondo y esquinero, con cúpula y gruesas columnas, sostenido en el primer piso por un semicírculo de arcos de película francesa. En mi cabeza se hizo un barullo de ideas e imágenes: especulé que ese estilo arquitectónico fuera republicano, e imaginé la arena de un alcalde aindiado, acodado en el balcón y luciendo el hábito negro, córvido, de los lasallistas, pero dos

segundos después ya lo veía trajeado a la “Napoleón”.

La siguiente estación fue la plaza central de la ciudad: el Parque Calderón. Se trataba de un jardín exquisito en cuyo centro se alzaba la estatua de un prócer en trance de derrumbarse muerto, y donde, desde los lados este y oeste, se miraban con sacro rencor la vieja y la nueva catedral. El héroe era Abdón Calderón, muerto a los 17 años en la batalla de Pichincha y —como nuestro Atanasio Girardot— en estoica defensa de la bandera tricolor; esa, por lo menos, es la versión de los ecuatorianos homéricos y patriotas, pues mi amigo y sus colegas científicos se inclinan —según supe— por la especie de que el desgraciado mozalbate murió desaguado por la disentería, al margen del fragor del combate.

Todo el encanto de Cuenca se resume en ese parque, indiscutido centro de su centro. Cuando se llega, como llegué yo, desde la calle Simón Bolívar y bajo la luz medida de las seis de la mañana, la masa de árboles —florecidos los unos, oscuros los otros, luminosos los de más allá y todos con sus hojas en *High Definition*— confiere un aspecto de abadía española a los viejos edificios del otro lado, asomados a retazos. La plaza, solitaria, refuerza su semejanza con una alameda de convento. En el marco, sólidos edificios venden la idea más histórica y contundente de los poderes religiosos, judiciales y civiles, sin por ello traicionar su apariencia de pequeños Louvre meridionales. Junto a la nueva catedral agoniza la antigua calle de Santa Ana, vía que comunicaba al Parque Calderón con la indigenísima Plaza de los Gritos y que hoy se encuentra tapiada por sus dos bocas a causa de la indiscutida presencia, en ella, de fantasmas y alaridos de ultratumba. Así como el olorcillo promisorio de una panadería, el de semejantes vejeces y supercherías me dejó degustar, anticipadamente, mi visita inminente al antiguo y fabuloso templo del Sol de Ingapirca.

Al término del recorrido, media hora antes de que se abrieran las ventanillas burocráticas, el ágil vuelo de Esteban me llevó a descubrir uno de los rincones más lujosos de Cuenca: el hotel El Dorado, donde el padre del médico y entomólogo fue, décadas atrás, amadísimo gerente. Un mesero viejo no sabía qué hacer con mi compañero, a quien colmaba de mil y una zalamerías, mientras que otro, joven y ágil, me alargaba la cuenta por un desayuno ejecutivo con jamón serrano: 24 dólares. Lo dije desde el primer párrafo: yo estaba en manos de la malicia local, y de ello no iba a salvarme ni la bendición del santo más piadoso; casi tres décadas después, el hermano Miguel no podía recordarme entre los millones de rostros que habían besado su estampita. ☪

La gente que vive con paciencia y disfruta con parsimonia es gente que sabe, es gente de CONFIAR



Porque el futuro es confiar

Línea Confiable: 444 10 20 Medellín
www.confiar.coop

“Algo falla en un monstruo que prefiere los dulces y el merengue a la carne”

Marion Copeland



Más antiguas que las flores...
Visítalas en la Sala Conexión de la Vida*
y en www.parqueexplora.org
Parque Explora, para mirar de otra manera

*Sala patrocinada por Sura

Divertirse tiene su ciencia



RESTAURANTE
Truchas
y algo menos
del Eslabón Prendido

Clle 53 No. 42-55
☎ 239 3400

¡Trucha y cerveza para esta mesa!

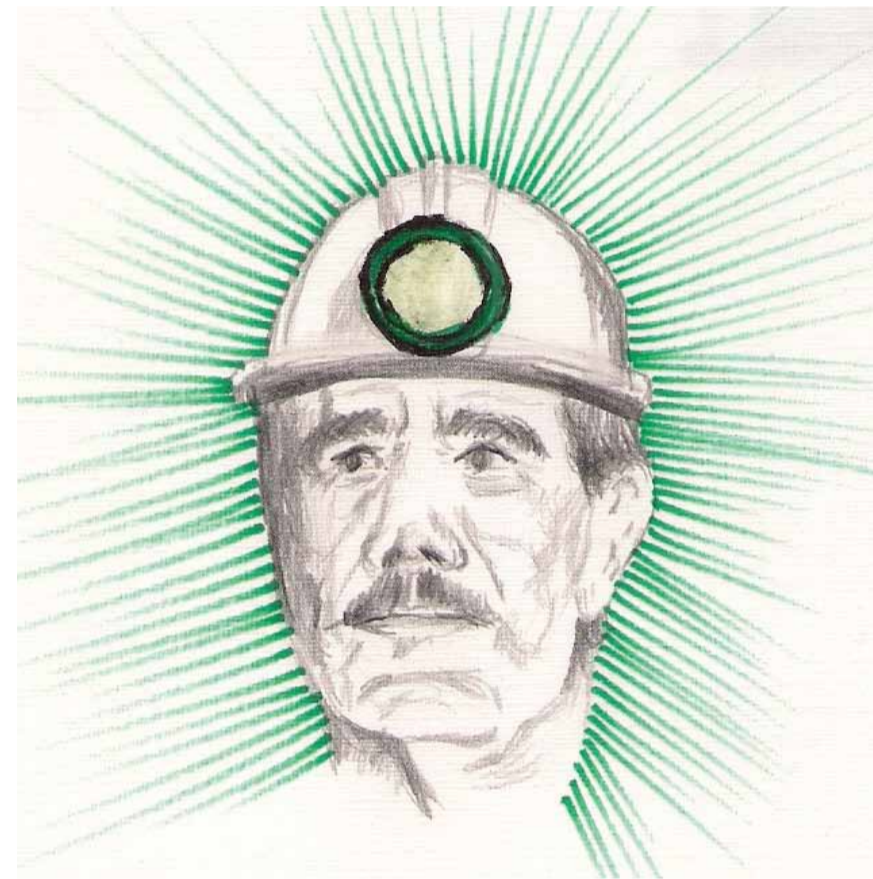
Disfruta el verdadero sabor de la trucha acompañado del mejor sabor artesanal

Abierto de domingo a domingo
de 11:30 a.m. a 3:30 p.m.
domingos de 11:30 a.m. a 5:00 p.m.

CORDILLERAS
Cerveza artesanal que sabe

El don de las esmeraldas

Andrés Montoya. Ilustraciones Verónica Velásquez



Después de ocho semanas de espera una llamada a mi celular (número desconocido) me anuncia que llegó la hora. Me comunican con él. Una voz (su voz) me da las indicaciones. Sueña áspere. Tardo cuarenta minutos en llegar. La puerta del ascensor se abre y me reciben cuatro personas. Rezuman vigilancia. Me conducen hasta la puerta del apartamento y me hacen pasar. Estoy en su madriguera.guardo en una sala amplia y luminosa desde donde se divisa Bogotá. Siento el latido de la sangre en mis oídos. Un zapateo, una navaja afilada, rasga la malla de curiosidad que me aprisiona. Es él. Víctor Carranza: el polémico zar de las esmeraldas que ha sobrevivido a dos guerras y a un puñado de atentados; dos de ellos con rockets y fusiles en carreteras del Meta.

Fue en 1943, en su Guateque natal, Boyacá, cuando decidió torcerle el pescuezo a su desgraciada vida. En las mañanas recogía maíz y en las tardes asistía a la escuela, a hora y media de camino. Tenía ocho años. No olvida los ramalazos en el estómago provocados por el hambre. Asegura que sus seis hermanos y su madre la pasaron mal. Su padre murió cuando tenía dos años. No recuerda nada de él.

Su baja estatura no corresponde con el tamaño de su leyenda. Parece envuelto en un aire de serenidad, pero debajo de su piel arrugada de abuelo apacible habita un tigre de Bengala. No exhibe esmer-

das. Calza alpargatas y lleva una camisa barata de mangas cortas. Al hombre con más vidas en Colombia no le preocupa vestirse bien.

Para los muzos, primeros habitantes de Boyacá, Fura y Tena son los padres de la humanidad. La leyenda afirma que Fura (mujer) traicionó a Tena con Zarbi; hermoso dios de ojos azules. Tena, abrumado por la infidelidad, se suicidó. Y Fura lloró y sus lágrimas se convirtieron en ríos de esmeraldas.

El eco de esa antigua bonanza viajó desde la mina más cercana y sus esporas llegaron con el viento hasta su parcela. El niño Víctor lo percibió. A doce horas de su finca y de la puritica tierra brotó un manantial de esmeraldas. Preciosas y apetecidas y resplandecientes. De enigmática belleza. El hambre y la codicia se mezclaron y su verde destello encendió la chispa final.

Yo les regresaba el caballo a los mineros hasta donde los alquilaban. También había una cantinita muy cerca de la mina y pues yo era muy acomodado, pues uno de niño campesino le toca hacer el desayuno, pelar las papas, rajar la leña y prender el fogón.

Y llevó caballos y peló papas y rajó leña hasta que se metió a los socavones. Fue a buscar suerte. Y pronto la suerte lo encontraría a él.

¡La segunda vez de ir a la mina encontré algo! Un hermano mío que había trabajado en la mina, el mayor, medio sabía de piedras, entonces como yo no sabía el valor yo guardé la piedrita que me encontré, se la llevé a mi hermano y él la vendió.

La primera de miles que le vendería años después al sultán de Brunei, a la reina Isabel II de Inglaterra o a quien tenga con qué y quiera lucirlas en aretes, gargantillas, pulseras, argollas, anillos, broches, collares, prendedores, relojes o mancuernas. Sesenta y cinco años embujado por el silbido de las esmeraldas.

En 1957, a sus 22 años, el joven Víctor obtuvo su primera concesión para explotar las piedras. Entendió que tenía que salir del pueblo para hacer más plata y que los mejores precios los encontraba afuera.

Me ofrece un café y acepto. No chasquea los dedos. A sus 75 años se levanta como un rayo. Escucho ruidos en otro lugar del apartamento. Son susurros, sil-las que se mueven, pequeños caprichos domésticos. Que Víctor Carranza haya sobrevivido a tanto plomo me hace preguntar si las esmeraldas poseen algún don especial, un poder sobrenatural. En la década del sesenta salió ileso de lo que en Boyacá se conoce como la guerra verde, que dejó más de 1.000 muertos. Treinta años después, en la época del Cartel de Medellín, esquivó las jaurías

de sicarios de Gonzalo Rodríguez Gacha, alias El Mejicano, quien se alió con uno de los bandos que estaban en disputa desde 1984. Según archivos de prensa que encuentro en la biblioteca Luis Ángel Arango descubrió que esta confrontación dejó más de 3.000 muertos. La muerte de El Mejicano el 15 de diciembre de 1989 animó a las facciones a detener los ríos de sangre. Seis meses después, en julio de 1990, veinte firmas estampadas en un documento sellaron la paz en el occidente de Boyacá. Víctor Carranza fue el gestor de la tregua. Desde ese día fue coronado como rey de los esmeralderos en un país que controla el 55% de la producción mundial de las gemas. Desde entonces es don Víctor. La sangre de la nueva alianza es casi eterna. Sigue mansa después de 21 años.

Presume de su condición de líder y con disfrazada humildad cuenta cómo calmó las aguas bravas de la guerra.

Sirvió mucho que yo fuera solo, ver llegar a dos personas, donde hay 200, 250 personas y ellos armados eso les dio confianza. Comencé a dialogar con ellos y a explicarles que la situación minera no se podía desarrollar, que para que ellos le pudieran ayudar a su gente lo mejor que podían hacer era una mesa de diálogo.

Trae una bandejita de plata en sus manos. Él me sirve el café. Le pregunto por el atentado que sufrió en julio de 2009 en la vía a Puerto López, en donde los agresores embistieron su caravana con un carrotanque y después, a punta de fusil y granadas, trataron de matarlo.

Pues se nos atravesó la mula y nos accidentamos y al estrellarme yo me di cuenta que era una emboscada y grite: "¡salgan, abrámonos del carro!" Yo llevaba un Colt, llovía bala porque se veían los fogonazos, entonces yo me volteé hacia donde estaba la mula disparándonos y les hice unos disparos. Quedaron ahí dos de mis muchachos muertos, mientras tanto yo me fui a la zanja y me metí por un tubo que había y pude abrirme al otro lado de la vía. Así me salvé.

El viejo que no piensa morir habla lánguido. Sin ornamentos. Como si repeler un comando de hombres con armas largas fuera poca cosa. Nueve meses después, en marzo de 2010, y a pocos kilómetros de allí, se salvaba de un segundo ataque. Esta vez con rockets. Asegura que no sabe quién quiere matarlo. Ni por qué. La principal hipótesis era Pedro Oliveiro Guerrero, alias Cuchillo; abatido por la Policía a finales del 2010 y quien buscaba según las autoridades expandir sus dominios en el Meta, en donde Carranza es amo y señor.

El escritor Pedro Claver Téllez, el investigador que más se ha adentrado en el laberíntico mundo de la guerra de las esmeraldas, tiene su visión de lo que ocu-

rriría con la muerte de Víctor Carranza.

Reconozco que Carranza ha contribuido a la paz, y que una eventual muerte de él por parte de otro grupo armado desencadenaría una guerra espantosa, quizá peor que las anteriores.

Su vieja costumbre de defenderse cumple cincuenta años. Esmeralderos rivales, capos del narcotráfico, esos han sido sus enemigos. Pero también la Fiscalía. Acusado dos veces de conformación de grupos paramilitares ha sido absuelto en ambas ocasiones. Sin embargo, el elefante de la justicia lo pisoteó en 1997.

Duro 4 años detenido, dura 4 años la investigación y comprueban que es absolutamente cierto lo que yo digo y que todas las sindicaciones que se me hacen son falsas y acomodadas y que hay gente interesada en mandar testigos falsos. Me absuelve la Fiscalía, los jueces, los magistrados y me dan una indemnización por el perjuicio ocasionado.

Al vuelo atrapo el comentario y disparo una pregunta a quemarropa. Y entonces ocurre. Su mano izquierda; la mano campesina que desgranó maíz y la que hoy sopesa esmeraldas y calcula su peso con precisión asombrosa, y la propietaria de unos dedos pequeños y abotagados con que dispara su Colt, manotea con fastidio. No. No habla del monto de la indemnización.

Sale de la cárcel en el 2001 a retomar sus negocios y se encuentra en Boyacá, según él, con los paramilitares de Freddy Rendón, alias El Alemán, quien le envía una razón a través de Yesid Nieto, esmeraldero que después sería asesinado en Guatemala.

Yesid Nieto, un narcotraficante que había de la región, muy amigo de ellos, me dijo que ellos ponían el 50% de los costos de mantenimiento de esa gente y que yo pusiera el otro cincuenta. Eso me ofendió mucho y yo le dije que me respetara, que la plata mía era mía, que yo me la ganaba con el sudor de la frente y que nadie iba a disponer de lo mío.

Desde ese momento, ratifica, se convirtió en objetivo militar de Freddy Rendón Herrera; hoy detenido. También Elkin Casarrubia, alias El Cura, autor material de la masacre de Caño Jabón en 1998, en donde murieron 18 personas, lo ha acusado en sus versiones libres de facilitar la llegada de los paras al Meta. Un artículo de El Tiempo, publicado el 20 de agosto de 2011, indica que la Unidad de Justicia y Paz notificó a sus 56 fiscales para que recojan toda mención que los desmovilizados de las Autodefensas hayan hecho sobre él. El crepúsculo de su vida es un cielo ceniciento.

Cae la tarde. Me ofrece otro café. Su silueta mínima de leyenda grande se es-

fuma en las tinieblas del corredor. Vuelve con la bandeja.

¿Y ya leyó *La guerra verde*, el libro de Pedro Claver?

No, pero lo quiero leer.

Yo se lo consigo —le respondo, más por deferencia y por llenar un vacío en la conversación.

¿Seguro? ¿Me da su palabra?

...

Embarcado en la responsabilidad de conseguir un libro que no poseo y después de tres pocillos de café le pregunto por sus gemas. Aguijoneado por mi interés me pide que lo acompañe al comedor. Hay siete personas, hay lupas, hay piedras. Ingresa a un cuarto y sale con tres bolsitas. Es parte de su colección. Cada una contiene un manojito de esmeraldas sumergidas en agua. Las esparce con delicadeza sobre la mesa y una despierta su atención. Tiene el tamaño de una tapa de gaseosa. Es transparente, es verde fluorescente y está tallada a la perfección. Los hombres de saco y corbata estiran sus manos como niños hambrientos. De compradores apáticos a luciérnagas cegadas por su brillo. Él la toma en sus manos. La contempla, la acaricia, la pone a contraluz.

Pasaron cosas tan risibles que estaba yo picando una veta y estaba sacando piedra y de pronto llego un grupo de amigos y me dijo: "déjenos picar, déjenos picar un ratito", y entonces yo salí y les dije: "bueno, está bien, entren y piquen". ¡Entraron y se cerró la producción! Salieron cansados, con las manos reventadas y no encontraron nada. Y créame que es cierto y ahí es cuando se formó ese comentario; entré yo, di dos picazos y otra vez: ¡prum!, a producir. Entonces la gente que había ahí dice: "si Víctor Carranza se para en la Plaza de Bolívar, ahí hay esmeraldas".

Es un brujo frente a su bola de cristal. ¿No es una belleza? —me pregunta. Sí.

Yo le vendí la melliza a la reina Isabel —y me la entrega.

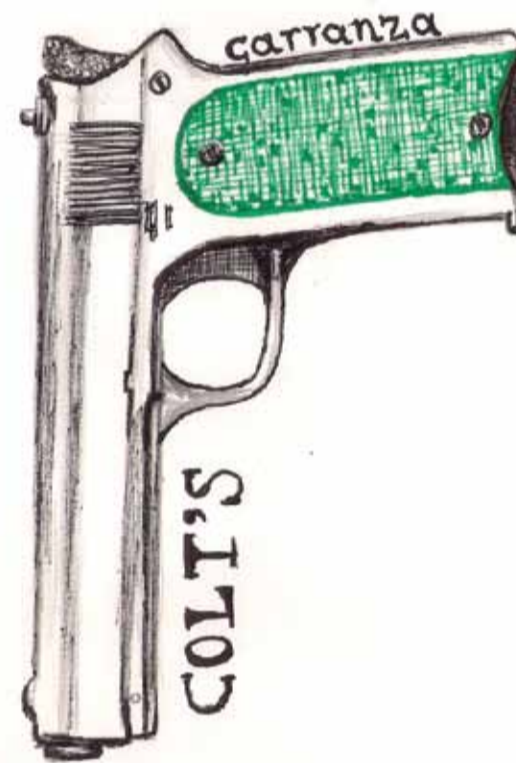
¿Y porqué no compró ésta?

No sé, pero dentro de poco viene su gemólogo, a lo mejor se la lleva esta vez.

Con el material suficiente decido marcharme. Pido un taxi por teléfono. Las esmeraldas pasan de mano en mano. Víctor Carranza es un contador de historias y cuando habla todos escuchan. El taxi no llega. Después de treinta minutos de espera me despido y salgo a tomarlo a la calle. Abajo me detiene el portero. Ay, carajo, pienso. Algo pasó. Desde una camioneta del tamaño de una catedral una mano revolotea. Me acerco tímidamente. Son dos de sus escoltas. Me dicen que por seguridad don Víctor ordenó que me lleven. Es hora pico, es viernes y es Bogotá. Suficiente para aceptar. Me subo en la silla trasera y un fusil me estorba. Uno de ellos lo acomoda en la maleta, al lado de

una caja enorme color aluminio. Los espaldares de los asientos delanteros están vestidos con chalecos antibalas.

Apremiado por cumplir con mi palabra llamo al día siguiente a casi todas las librerías de Bogotá. No tengo suerte. Por una referencia errónea voy hasta un lugar en el Centro en donde supuestamente estaba la última copia de este libro publicado en 1993 y reeditado en el 2011. El encargado me desalienta y me dice que es imposible que consiga un ejemplar de la primera versión. Llamo al escritor y me dice que tal vez un amigo de él, un viejo librero de Chía, conserve una copia de *La guerra verde*. Cruzo los dedos. Un día después, antes de ir a Chía, una llamada a mi celular (número desconocido) me dice algo que me deja perplejo. Una voz (su voz) me anuncia que ya consiguió el libro. ☘



Fundación Universitaria Bellas Artes
Cátedra Abierta
100 x siempre
Arte y Ciencia para la ciudad

Invitado:
Raúl Cuero Rengifo
Director Parque Internacional de la Creatividad

**"La ciencia creativa es arte
y el arte creativo es ciencia"**

Viernes 30 de septiembre de 2011 / 9:00 a. m.
Sala Beethoven Palacio de Bellas Artes. Cra. 42 N 52 - 33
CUPO LIMITADO Inscripciones: 229 14 00 Ext. 119

Un perro caliente con ella en la mejor esquina de América

Jorge Iván Agudelo Z.



carnos en ese mismo andén antes de los años.

Nueve años, dijo ella y el tiempo se me tiró encima... yo había perdido la cuenta y aunque todavía la recordaba de vez en cuando, ya no soñaba con un reencuentro, hasta que me llamó en la tarde y me propuso que nos viéramos, que ya era justo que habláramos, que un enojo de tanto tiempo era inhumano... ¿enojo?, ¿pero de qué me hablaba?, si yo había pasado por todo, pensé, menos por el enojo... primero estuve plañendo al lado de cualquiera, después anduve con una tristeza como asordada que se atravesaba en cualquier cosa que hacía, con los meses me acometió un pacífico aburrimiento y, por último,

como dice cualquiera después de cualquier tragedia, la vida sigue... luego de esa llamada tan inesperada, de haber acordado encontrarnos en el Tibiri Tábara a las nueve... me quedo mirando al techo, recordando nuestro último encuentro, cuando me dijiste, con la resolución de tus veinte años, que no aguantabas un minuto más en Medellín, que nos fuéramos, que estábamos a tiempo, que no valía la pena quedarse en una ciudad que más se demoraba en verte que en cobrártelo... Acabábamos de volver del entierro de tu hermana, lo recuerdo muy bien, la hora no estaba para decidir ni qué camisa ponerse, pero tú, en medio de la rabia y el dolor habías tomado tus decisiones... te abracé y lloramos,

volviste a lo mismo, que mi prima nos recibe en Madrid y allá vemos, que hablo en serio, que tenía que elegir entre un mierdero lleno de bombas, o tú, y yo, sincero y estúpido, te respondí: de Medellín no me muevo. Saliste de mi casa con tu vestido de luto a empacar para el viaje. Cuando después de dos días te llamé, confiado en oírte triste pero tranquila, y nadie me contestó, supe que te habías ido, sin embargo repetí la llamada a distintas horas, fui a buscarte, le pregunté a tus vecinos y a tus amigas, y nadie, pero nadie, me quiso decir nada, como si tu última voluntad antes de irte hubiera sido castigarme aleccionando a todos los conocidos para que no me dieran noticias tuyas.

—¿Al frente no quedaba esa licoreira donde nos vendían cerveza a los ca-

torce?—, preguntas señalando el garaje de una fábrica de brasieres.

—Sí, ahí quedaba, ¿te acuerdas que tu mamá amenazó al dueño con hacerle cerrar el negocio si nos volvía a vender, así fuera una caja de fósforos?

—Señora tan brava ¿no? —Ya van a estar los perritos mis muchachos— y Checho hace su baile mostrándonos las salsas...

Tú te acomodas mejor en el murito, donde, desde los catorce hasta los veinte, como si fuera más sagrado que el Sabbat, comiste a mi lado perro con todo, te reíste con Checho, hablaste mal de tus amigas y me quisiste.

De cuatro a nueve no tuve sosiego, pensé en destapar unas cervezas para calmar la ansiedad de verte, pero me pudo el propósito de llegar sobrio a tu lado. Busqué qué ponerme, y después de escoger y no decidir, me conformé con cualquier cosa y salí a caminar. Barajé todas las vidas posibles para ti... lo más seguro es que se haya graduado en medicina, que tenga dos hijos, que reparta su tiempo entre ser una esposa y una madre ejemplares y en curar heridas, pero decidí ensoñar, crear otras vidas para ti, tal vez regenta un restaurante de comida típica que le sirve de tapadera para el menudeo de la mejor cocaína colombiana o, y lo pensé sonriendo, hace parte de una secta milenarista y viene a despedirse porque llegó la hora de los elegidos. Y después de jugar a darte un destino, de recordarte tus maravillosos pezones, el amor en el parqueadero de tu edificio, los conciertos de rock en el teatro Carlos Vieco, tu camisetita con Kurt Cobain en el pecho, las vueltas y revueltas para comprar un bareto en una chaza de la Setenta, después de hacerle honor a esa frasecita estúpida de: recordar es vivir un poco, llego a la puerta del Tibiri y ahí estás tú, moviendo los labios, cantando pa dentro Tu amor es un periódico de ayer... sólo atino a sonreír, a señalarte la entrada de ese sótano donde tanta salsa se ha escuchado, pero tú te adelantas y me abrazas. Bajamos las escalas de la mano, te ríes con risa abierta y pides un tequila en la barra, por los viejos buenos tiempos.

—Tintín Tantán... lleve gallina—, y bailaba el perrero hacia nosotros como impulsado por su estribillo.

Hacía años que no lo veíamos; tanto tiempo había pasado, que caminamos un poco incrédulos hasta ese cruce de calles donde siempre nos esperó su carito, sus malos chistes, sus canciones inventadas...

—Eavemaria... qué milagro, la última vez que vinieron por acá yo tenía todos los dientes y ustedes eran dos niños... y ahora hasta hijos tendrán... ¿Se casaron, cierto...?

Y como si la pregunta hubiera sido su mejor chiste, tú y yo soltamos la carajada... lo abrazamos sabiéndolo la única certeza de que en algún momento estuvimos juntos, y tú, parsimonioso, respondiste, no Checho, yo no esta-

ba por aquí, desde hace nueve años no pisaba esta tierra, desde ese tiempo no nos veíamos.

El viejo Checho se lleva la mano a la cabeza como si le hubieran dicho que se iba a morir mañana...

—Hombre Checho, ¿y ya cambiaste la receta?—, le pregunté para sacarlo del trance...

—No mi niño, es la misma pero mejorada...

—Entonces danos dos perros con todo, especiales, para tus mejores clientes... ¿O tú quieres otra cosa?

—Cómo se te ocurre que me voy a comer otra cosa—, me contesta Andrea haciéndose la indignada. Nos sentamos, ella a mirar la calle, las casas, cerciorándose de que todo estuviera en su sitio... y yo, a mirar para atrás, a bus-

No estaba tan errada... te casaste, te divorciaste, tienes dos hijos preciosos, vives para ellos y para la medicina, piensas en mí de vez en cuando, optaste por no aparecer, porque de haberlo hecho, me hubieras convencido de viajar y según cuentas, nunca hubiera sido feliz al otro lado del charco... ¿y después? Después fue tarde. Así las cosas, suena un tema del Joe y bailamos... o tu bailas y yo te estorbo y te piso... me preguntas por mis cosas como si te hubieras ido una semana de paseo a Santa Marta y no nueve años a Madrid, algo te contesto, no te lo niego, digo, fue duro al principio, pero... así fueron las cosas y me encanta verte. Estás hermosa, lo noto, lo nota todo el bar... y tú lo sabes más que nadie. Salimos al poco rato, los timbales no se hicieron ni para los reencuentros ni para las confesiones. Mientras caminamos y preguntas si es seguro, si es cierta tanta belleza, si se acabó la zozobra, yo asiento y oigo tu taconeo por los adoquines de la Setenta... Y ¿qué pasó con éste?, ¿volviste hablar con tal?, pero si eran los mejores amigos... me inquietas por gente que ya ni recuerdo, cansado de no saber de nadie me invento dos o tres vidas para los amigos de la primera juventud. Como acometida por una epifanía, me suplicas: vamos donde Checho, por favor, vamos donde Checho. No puedo negarte nada, si con el sólo recuerdo de nuestro amigo el perrero se te ilumina la cara y vuelves a estar a mi lado, a usar tenis, a ser la de hace años... y aquí estamos viendo llegar dos perros calientes que parecen barcos de colores.

—Está delicioso— dices con la boca llena y vuelves a morder

—Así suena a una de esas frases que pegan en los corchos de las papelerías... hay cosas que nunca cambian.

—¿Por qué lo decís?— me preguntas extrañada.

—Porque mientras te apoyas en mi rodilla, aprovechas para limpiarle la salsa en mi pantalón.

—Jajaja, qué pena, disculpame.

Y en esas estamos, comiendo pan y salchicha en la mejor esquina de América, cuando de la nada aparece una moto con dos pelaos, me miras como preguntando si tu miedo es un vicio adquirido en el primer mundo.

—No te preocupes, si me hubieras avisado con tiempo, te alquilo el carro de perros, solamente pa que comas tú, pero como llegaste de improviso, vas a tener que soportar a otros comensales— te ríes y terminas de comer.

Sin embargo, yo tampoco estoy tranquilo, no se han bajado de la moto, el parrillero manotea, Checho intenta explicarle algo, da media vuelta para coger un cuchillo, pero el otro se mete la mano a la chaqueta, saca un revólver, le apunta a la cabeza, dispara tres veces y arrancan. Eso es todo. Tú gritas y te levantas, pero antes de que corras a salvar a un muerto te agarro del brazo y empezamos a caminar rápido hacia la otra esquina. Intentas dolverte, te abrazo por la cintura y te recuerdo que estuvimos a dos pasos de los matones, que ellos nos vieron

por nosotros a ellos, además, Andrea, le pegaron tres tiros en la cabeza a menos de un metro.

Nos montamos en un taxi, el chofer arranca sin rumbo y te mira llorar por el retrovisor; antes de que pregunte nada, le das la dirección del hotel, abres la ventanilla y recuestas el cuerpo contra la puerta, como si yo fuera el culpable, el organizador de una escenografía sangrienta, con sicarios y todo, para amenazar tu regreso. Busco enojarme pensando que eres un ave de mal agüero, nueve años sin visitar al pobre Checho, llegas como si tal cosa, te sigo el capricho... y Tintín Tantán... lleve gallina, pero no me engaño, me gustaría abrazarte, decirte algo, consolarte de alguna manera.

Te bajas y no te despedes. Pienso, mientras te miro la espalda, que debí haber dejado separar los sesos de las salsas, que fue injusto no permitirte un acto heroico.



—Llévame al centro— le digo al taxista con toda la intención de tomarme unos rones en ese parqueadero donde una vez me trozaron el dedo con una piedra.

—¿Le molesta si prendo el radio? —No, bien pueda— y empieza a sonar esa canción promocional que cantábamos de niños:

La ciudad donde nació/ y con mis amigos crecí/ la ciudad que es de mis hijos/ donde vivo y trabajo/ por tí/ Medellín crece contigo/ su progreso es para todos...

De golpe recuerdo que estamos a primeros de agosto y que Medellín está de fiesta. ☺



Elkin Obregón S.

Caído del zarzo

Desde hace un ya largo y triste tiempo, *Universo Centro* suprimió dos columnas fundamentales. Columnas de estructura, ediciones, pero también periodísticas: Crucigramas y Ajedrez. Desde las lejanísimas épocas de Fray Lejón, con el aporte posterior de un tal Mac, y hoy, a su manera (pero ésta es otra estructura), con Eva Zimmerman, en *El Espectador*, no gozábamos en Colombia de un auténtico crucigrama. Ese que no excede los diez u once cuadros por lado, que evita cuanto puede los cuadros negros, y que busca en su ingenio (y en el tuyo) lo que escasamente hallarás en diccionarios o ayudas virtuales. Es un tipo de crucigrama que no se te entrega de una vez (necesitas, en ocasiones, dos o tres pasadas), y que sólo en muy contados casos incurre en la gran tristeza crucigramista: ese cuadro solo, blanco, inútil para todo, que llora su fracaso... Pero qué lindo triunfo cuando lo resuelves. Sueles llamar a tus colegas de vicio, y por qué no, alardeas...

(Se dice que el crucigrama lo inventó un inglés llamado Víctor Orville, a comienzos del siglo XX. Otros afirman que un tal Arthur Wynn, también inglés, pero habitual colaborador de los periódicos de Hearst, se le adelantó un par de años. Yo prefiero la versión de García Márquez, según la cual el inventor fue el vicario apostólico de *Un día después del sábado*, encerrado en un cuartocho lleno de pájaros muertos y mariposas amarillas...)

En cuanto a la columna de ajedrez — género hoy por desgracia borrado de la prensa colombiana— la escribía el gran Klaus, nombre teutónico tras el cual se ampara el autor. Unía conocimientos, actualidad, enigma y misterios, y esa gota casi invisible de humor, aprendida sin duda (pero con un muy buen toque personal) de su maestro Boris de Greiff, a quien tanto, tanto, debemos los aficionados al noble arte. Hoy, Klaus ya no existe. Paz a su tumba. ☺

CODA. Este bellísimo verso: *La tierra gime un lamento antiguo*. Es de Esther Fleisacher, en su nuevo libro *Canciones en la mente*. Editorial Universidad Eafit.

Antimateria

Promesas a la loca

Hay por ahí un candidato a la Alcaldía de Medellín que promete cosas que ni de veras queriendo podría cumplir. Promete, por ejemplo, hacer autopistas de veinte carriles y limpiar el río Medellín, todo en cuestión de meses. Ignora supongo el señor, que ese tipo de obras requieren más tiempo que el necesario para pronunciar una consigna electoral. Lo de las autopistas requiere estudios serios a ver éso en qué contribuye a mejorar la movilidad, y en cuanto al río, entendemos que el proceso de saneamiento y recuperación de su cuenca y afluentes lleva ya varios años y tardará todavía muchos más, porque los ríos no se limpian echándoles jabón. Los ríos contaminados comienzan a sanar, en el mejor de los casos, treinta años después de que dejen de recibir vertimientos de alcantarilla y desechos industriales.

Algo similar ocurre con su promesa de pacificar a Medellín llenándola de policías, cuando se sabe que la policía es la principal fuente de corrupción en las comunas y los barrios. Además la seguridad no es un asunto de policía; es un asunto de ciudadanía. Sin dejar de mencionar su promesa de acabar con la indigencia mediante el recurso simple de llevarse los indigentes para otro lado. Para una finca, dice. O aquella otra de agilizar la movilidad eliminando los semáforos.

Pero la tapa del congolo sí es la salomónica propuesta de arreglar el centro de Medellín, desterrando a los travestis. ¿Acaso se los piensa llevar para la misma finca donde va a recluir a los habitantes de la calle? Es posible. Tampoco explica el caballero cómo se distingue un travesti. ¿Quién los va a requisar a ver si en verdad son mujeres con antena? Y otra cosa: ¿Para ser considerado travesti hay que llevar minifalda o podrá considerarse objeto de persecución un jean descaderado o unos chicles verde cogollo? No se sabe.

En definitiva, el candidato de marras despliega un gran abanico de propuestas, no para solucionar los problemas, sino para ocultarlos. Cree que se puede superar la exclusión con una mayor dosis de exclusión y mejorar la movilidad eliminando las señales de tránsito. Total, y a juzgar por su alucinada propuesta de segregación a los travestis, es de temer que este ciudadano candidato suelta las promesas a la loca.

El asunto podría sonar hasta chistoso, pero es en verdad una tragedia que una persona que aspira a dirigir la ciudad de Medellín, no se haya tomado la molestia de leerse la Constitución Nacional antes de querer solucionar los problemas de los unos, conculcando los derechos de los otros. ☺

Fifa culture

Wilson Orozco. Ilustración Jacinta Molina



Mi hija me hace una llamada clandestina desde su colegio a través de su celular y me dice que quiere ir al partido Francia-Portugal y que ella no tiene con quién ir y que si entonces yo la puedo acompañar. Es decir, yo soy su última y resignada opción. Le digo que sí porque a un hijo no se le dice que no. Solo por eso.

Me vuelo entonces de la Universidad donde trabajo para un partido que es a las 5 pm, es decir, un horario digno de los vagos. Llegamos a las cercanías del estadio y parejitas con cara de estrato 28 parquean sus carros y lucen orgullosos camisetitas de la ya eliminada selección Colombia (¿?).

Tenemos que comprar las boletas vendidas y el tipo que me las vende actúa

con el mismo misterio que si me estuviera vendiendo un kilo de cocaína. Me recibe la plata con sigilo, mirando para todos lados y me manda adonde una mujer que las saca de un bolso, también mirando con sigilo. Es decir, con unos nervios que contagian a cualquiera. ¿Será éste mi primer encuentro con la Cultura Fifa? Qué diferencia con los revendedores que en un partido Medellín-América gritan a todo pulmón, a punto de reventarle los tímpanos a un policía:

—¡Vendo y compro boleta que sobre!
Y las cosas siguen pintando “bien” o mal: no hay aglomeraciones, ni colados, ni policías montados a caballo organizando filas imposibles de organizar... y finalmente el

ambiente está raro porque me parece que todos esos asistentes nunca van realmente al estadio.

Entramos y encontramos que la novedad es que las sillas están numeradas, es decir, no existe esa conchudez de pibas que señalan los puestos de las barras de siempre. Todo es muy civilizado tanto que la gente que está sentada en el puesto que no es, se levanta tranquilamente para que el real dueño del puesto se pueda sentar. El mundo al revés.

Los equipos salen, y una señora anuncia todo en inglés y en español como seguramente el estandarizado y homogenizado protocolo de la Fifa debe rezar. Así nadie entienda lo que dice. No, perdón, el público asistente sí que lo debe entender a juzgar por la cantidad de niñas con frenillo y aún con sus uniformes del Mary Mount y señoras muy elegantes con gafas oscuras como si estuvieran en toros.

En algún momento, a alguna tribuna le da por hacer la ola ya que el partido hace honor a lo que es: un mundialito sin ton ni son, parecido a un Pony fútbol pero con más ínfulas. Así que la gente mejor se entretiene haciendo olas mareadoras porque además el segundo país más feliz del mundo tiene que refrendar esa felicidad.

Las sustituciones también las anuncian en inglés: si continuamos con la cultura Fifa en algún momento habría que decir entonces: “the substitution is for the Chigüiro Benítez”, pienso como para entretenerme.

Llega el descanso y hay que comprar cualquier cosa e ir al baño. La única bebida bendecida y obligada es la ubicua Coca-Cola y los baños son iguales a los de un estadero en la costa. Claro que ni los

unos ni los otros salen por televisión. Es decir, están bien así.

Empieza el segundo tiempo y la gente no sabe a quién hacerle fuerza. Y no sabe qué hacer frente a los goles que se comen los jugadores de Francia. No sé por qué me siento en un partido del Medellín.

Y a propósito del Medellín, me acuerdo de todos los desmanes en esos partidos a los que precisamente no vienen Juanita, ni don Juan Luis ni doña Lucrecia. No, viene más bien el Yeison con ganas de saltar a la cancha para perseguir a los cracks o troncos de turno. Y la pregunta filosófica entonces es ¿mallas o no mallas?

Revelan la asistencia y dicen que son 41.000 hinchas que le cumplieron al Mundial y a la ciudad. La gente por supuesto aplaude. Es decir, se aplauden a sí mismos.

Una vez cumplido con el deber, muchos se van antes de que se acabe el partido. Ya la cosa está definida y además hay que sacar el carro rápido del parqueadero.

Los despachados (y sin carro) nos quedamos hasta el final-final. La señora del micrófono nos dice en inglés y en español que tengamos un buen regreso a casa. Es decir, nos manda para la casa. Porque ni el día ni los equipos dan para que no nos esperen en la casa. ¿O serán cosas también de la cultura Fifa?

Finalmente, mi hija y yo salimos caminando hasta el Metro. Y vamos sin afanes porque ya sabemos que nos espera otra larga media hora de pura CULTURA METRO. ☺



Ese 11 en Medellín

En los diez años que han pasado se ha dicho todo, y aún más, de la caída de las torres gemelas de Nueva York. Y resulta lógico, pues el polvo del asombro y la tristeza aún no se ha asentado y la sensación de que algo tan crudo pueda ocurrir de nuevo, en cualquier momento, mantiene alerta al mundo entero. Incluida, por supuesto, nuestra Medellín.

Faltaba algo por decir y se supo: A los pocos días del atentado original, la policía secreta colombiana montó un complicado operativo para evitar que ocurriera

lo mismo en el país. Para lograrlo plantaron agentes en la mezquita Omar Ibn Al Khattab, en Maicao, donde cayó un malhechor (uno de los policías infiltrados fue detenido cuando salió con una bolsa en la que llevaba los zapatos de los asistentes), el DAS interceptó los teléfonos de todos aquellos llamados Yamid, Benhur, Yesid, Yoilma, Yadira y afines, se allanó el sexshop Ali Babá, y hasta Corán-tioquia estuvo en la mira de los sabuesos criollos.

Luego de detectado el enemigo, las fuerzas antiterroristas patrias protegieron los posibles objetivos. En la terraza del

Capitolio se dispuso instalar un poderoso radar (que los Nule nunca entregaron) y en el Cantón Norte la inteligencia militar, al no contar con batería antiaérea, le dio vacaciones al personal. En Medellín se extremaron las medidas de seguridad alrededor de nuestras torres gemelas: Los edificios Vásquez y Carré. Se modificaron las rutas que salen del aeropuerto Olaya Herrera hacia Caucasia para que ningún jet las sobrevolará y se prohibió la práctica de parapentismo en la zona de Guayaquil. En una muestra de precaución extrema, se reubicaron las palomas de la Pla-

za de Cisneros y se apostaron francotiradores en la torre del Palacio Nacional prestos a derribar cualquier gallinazo que abandonara sospechosamente el río.

Quizás exageraron. Aunque Medellín es una ciudad que interesa a los extremistas islámicos por albergar la catedral hecha en ladrillo cocido más grande de Latinoamérica. Pero aunque así fuera, tales precauciones lograron que sigan en pie, intactas, nuestras maravillosas torres gemelas, como símbolos de la cultura de Occidente. ☺

Antimateria

FESTIVAL INTERNACIONAL DE MÚSICA DE MEDELLÍN
OCTUBRE 8 AL 22 DE 2011

LA MÚSICA SINFÓNICA ESTÁ DE GIRA POR LA CIUDAD

Asómate, está a tu lado, por todo Medellín. Sal y disfruta Conciertos en teatros
• Conciertos gratuitos al aire libre • Recitales • Clases maestras y Actividades académicas.

Orquesta Filarmónica de Medellín @festimusicamed www.filarmed.com

Afiliarse al Régimen Subsidiado de Salud, ¡vale la pena!

¡Recuerda! para quedar afiliado:

- Debes pertenecer a los niveles 1 y 2 del Sisbén ó ser de población especial.
- Presentar el documento de identidad actualizado.

No pierdas esta oportunidad para ti y tu grupo familiar.

Para mayor información: 444 41 44 www.medellin.gov.co/salud

MEDELLIN OBRA con amor Alcaldía de Medellín

Cuando se han cumplido 20 años de la Asamblea Nacional Constituyente, una historia inimaginable con mensajeros anónimos, helicópteros y campamentos deja ver la cara oculta de los retos y entusiasmos que hicieron posible, después de más de un siglo, una nueva carta política en Colombia.

Constituyentes en la selva

Iván Marulanda

“No intenten asentar el helicóptero sobre el suelo que el terreno es bastante inclinado... déjenlo a cincuenta centímetros del piso que yo subo sin problema...” Era la voz de Alfonso Cano. Escuchamos su voz por el radio del guerrillero que viajaba a mi lado. Íbamos el piloto, el hombre de las Farc que nos guiaba y un señor venezolano enviado por el presidente Carlos Andrés Pérez para acompañar el operativo. El tipo era joven, rubio, alto, de ojos claros. No le conocí la voz ni el nombre ni el cargo, ni escuché el más leve ruido desde su asiento, del que no se movió a pesar de que volamos durante horas en el mismo aparato. Viajamos sobre la selva amazónica colombiana, recogiendo uno a uno, en lugares diferentes, a miembros de la cúpula de las Farc, para llevarlos hasta Caracas e intentar acordar las paces mediante el diálogo con delegados del gobierno colombiano.

La verdad es que no pregunté, en los trayectos de veinticuatro horas de suspenso, quién era quién, ni qué hacía ni por qué estaba donde estábamos. Casi nunca supe dónde estábamos. La gente aparecía como salida de la nada por donde íbamos pasando, y desaparecía como por arte de magia. En algún momento del día o de la noche, el venezolano se esfumó sin musitar. Igual sucedió con otras personas misteriosas que iban y venían, sin cruzar saludo siquiera: guerrilleros que encontramos en los aterrizajes en la jungla y que parecían parte del paisaje, los pilotos de las naves en las que viajamos y personajes de película vestidos de civil que salían a la escena, hacían lo que tenían que hacer sin pronunciar una sílaba y luego se desvanecían. Yo no preguntaba, no anotaba, no escuchaba, no curioseaba, no registraba, no decía sino lo preciso y necesario. Tenía mi mente y mis fuerzas reconcentradas, los músculos templados, los nervios tensos, la voluntad puesta en llevar vivos a esos hombres y mujeres de la guerra hasta la mesa de diálogo con el gobierno de mi país.

Era la misión que nos había encomendado a Lorenzo Muelas y a mí la Asamblea Nacional Constituyente. Partimos sin titubear una madrugada cuando aún no había salido el sol, sin que supiéramos hacia dónde irían nuestros pasos ni pudiéramos imaginar cómo ni hasta cuándo nos ocuparía aquel sorprendente destino. Todos mis sentidos y suprasentidos permanecieron alertas desde el primer instante y a lo largo del operativo. Permanecí todas las horas en la más absoluta concentración, como si atravesara paso a paso y de lado a lado el continente, caminando en puntillas sobre una cuerda floja y cargado de racimos humanos a los que no podía dejar lastimar.

“Gracias doctor Marulanda por venir hasta aquí por nosotros. Esta es la operación militar más peligrosa que han realizado las Farc en su historia. Estamos tranquilos en su compañía, puede usted disponer. Si nos trepamos en este helicóptero es porque queremos la paz. Nadie quiere pasar su vida metido en esa selva”, me dijo Cano cuando nos elevábamos de nuevo desde la manigua y señalaba con el brazo estirado desde el aire la amazonia que se pierde a la vista... en el infinito. “Esta guerra que desangra a Colombia no la vamos a ganar ni la vamos a perder. Es necesario construir caminos de paz”.

La odisea había empezado la tarde anterior. Creo que era un día de marzo: no tengo notas al respecto. Estábamos trabajando en la Constituyente cuando, de pronto, uno de los presidentes de la Asamblea dijo sin dramatismo alguno: “Señores delegatarios, vamos a suspender por breves momentos la discusión que nos ocupa con el fin de informarles que acaba de llamarnos el Presidente de la República para decirnos que el gobierno iniciará diálogos el próximo fin de semana con las guerrillas de las Farc y el Eln, en la ciudad de Caracas, y que una de las condiciones del acuerdo consiste en que vayan cons-

tituyentes a las selvas por los dirigentes de las guerrillas y los acompañen hasta el sitio de las conversaciones en Venezuela. Se nombra a los señores Iván Marulanda, Lorenzo Muelas y Álvaro Leyva para que cumplan esta misión... Continúa la sesión...”

Quedé estupefacto, desconectado del entorno, pensando enchufado en la nueva tarea. Pocos segundos después sentí a mi lado la presencia mágica del colega Lorenzo Muelas: estaba de pie en silencio, observándome, a la espera de que yo levantara la cabeza y lo mirara a los ojos para hablarme. “Hola Lorenzo”, lo saludé como si no nos hubiésemos visto durante el día. “Doctor Marulanda, ¿qué cree usted que debemos hacer?”. “No sé Lorenzo”, le contesté. Vi que su rostro, de por sí adusto y como esculpido en piedra milenaria, estaba más circunspeto que de costumbre. Presentí que necesitaba alivio. “Tranquilo Lorenzo, vamos a estar juntos... Esto saldrá bien... Pensemos que es algo trascendental para Colombia. Sigamos trabajando y esperemos que alguien nos diga lo que debemos hacer”. Nos abrazamos y nos sentamos de nuevo, cada uno en su escritorio, aunque con la cabeza en otra parte.



La Constituyente, óleo de Beatriz González

A los pocos minutos alguien se costó en la baranda que acotaba mi pupitre de constituyente y lo separaba del pasillo que conducía al estrado de la presidencia de la Asamblea. Mi puesto estaba en el costado derecho, al límite del hemicírculo. “Doctor Marulanda”, me dijo en voz baja un personaje de cachucha, casi al oído, “mañana deben estar a las cinco de la mañana en el hangar número tal por la entrada tal, sobre la vía a El Dorado.” Busqué con la mirada a Álvaro Leyva pero no lo encontré en el salón ni lo volví a ver hasta después de la excursión por la selva. Después supe que él se encargó del grupo del Eln. Me levanté de mi silla y fui hasta el puesto de Lorenzo para darle las señas que el hombre misterioso me acababa de dar. “Hasta mañana Lorenzo”... “Hasta mañana doctor Marulanda”.

Y hasta mañana, queridos lectores. Esta crónica seguirá si lo permiten el invierno y los directores del periódico. ☪

¿CÓMO SUPERAR EL ESTADO DE NEGLIGENCIA?

Tomas Kilpper. Artista alemán. Invitado del MDE11. 55 años. Alto, delgado, circunspeto. Desde pequeño tuvo desencuentros con su padre, quien militó en el Ejército Nazi. Abrazó el activismo para defender los Derechos Humanos. A los trece años supo que quería ser artista. A los 33 vio cómo caía el Muro de Berlín y conoció la Alemania del Este.



Maria Isabel Naranjo

—ΑΙΣΘΗΣΙΣ... ¿Qué dice acá?

—Jorge, vos si sos marica, ¿no ves que es el negativo de la obra? El grabado está al revés en el piso para que se vea “al derecho” en las telas. Ahí dice NE-GLI-GEN- CIA.

Jorge y Camilo estaban hartos del paro universitario y acordaron verse en el Teatro Pablo Tobón Uribe para dejar de lavar los platos en la casa sin recibir el bien merecido sueldo de estudiante. Se encontraron a las 3:00 de la tarde en uno de los pasillos que conducen al escenario y allí pretendieron adivinar quiénes son los personajes que eligió Tomás Kilpper para tallar en el foso de la orquesta del Teatro.

Su obra se llama ¿CÓMO SUPERAR EL ESTADO DE NEGLIGENCIA?, así, en mayúsculas, para disimular lo de “Estado”. Son 16 rostros de personajes que recrean la historia del país de los últimos 40 años; de la historia no oficial, por supuesto. La técnica que usó se llama xilografía. Lo asistieron siete artistas. Terminó en 15 días.

—Jorge, comenzó con el primer personaje de la izquierda.

—Eh, mmm, no, ni idea. ¿Quién es? Con esa boina debe ser anticomunista.

—En este papel que nos dieron a la entrada (Papel bond. Blanco. Tiene 16 números. A cada personaje le corresponde un número y una nota explicativa) dice que es el General William P. Yarborough. En el año 62 instruyó a soldados y a civiles en la lucha contra la insurgencia. Yo no lo reconocí, pero en el país perfecto de antes, en el que Tomás Uribe salía en pantaloneta y chancas a comprar la leche en la tienda de al lado de Palacio, este beato norteamericano estaba enmarcado al lado del Corazón de Jesús, como lo estuvo Mariano Ospina en la casa de mi bisabuela.

—¡Ja! Y pa’colmo se murió a los 92 años, como se van a morir los que hacen la guerra en este país: de viejos. Su turno, Camilo.

—Esa de la esquina inferior derecha sé que la vi en algún libro o enciclopedia del colegio.

—La que está viendo es la Flor del Trabajo.

—Ah, pero es que ahí toda tallada quién va a reconocer a María Cano,

una mujer tan adelantada, demás que por eso vivió tantos años. Siga con la que está al lado del anticomunista, justo sobre su gorro militar.

—Le confieso que en mi vida la había visto.

—Acá dice: Lucy Amparo Oviedo de Arias. ¿Le suena?

—Ni idea.

—Ella es uno de los desaparecidos de la toma del Palacio. ¡Ja! otro caso aislado, nada que mancille el orgullo del glorioso Ejército Nacional.

Los personajes elegidos por Kilpper no son arbitrarios. Algunos fueron sugeridos por su grupo de trabajo. Otros los encontró en búsquedas documentales y en Internet. Eligió a protagonistas, pero también a olvidados de la historia oficial del conflicto colombiano. Personas amenazadas. Personas asesinadas. Personas desaparecidas. Personas que señalan. Thomas se siente privilegiado de ser un extranjero con tiempo limitado para comprender qué sucede en Colombia: “Lo digo y luego go out”, piensa.

No es una obra arbitraria. Es su manera de hacer arte. State of Control (2009). Alemania del Este. Antiguo Ministerio de Seguridad del Estado (Stasi). Veinte años después de la caída del Muro de Berlín, el artista alemán hace una intervención a gran escala (1.600 m²) en el piso de madera del abandonado Stasi, con una retrospectiva histórica sobre los diferentes conceptos de la vigilancia y represión estatal, desde la época del nazismo hasta hoy. Le toma tres años conseguir el permiso. Le parece extraño hacer algo similar en el piso de un teatro, “un templo de la cultura”, dice.

—Jorge, qué me decís de ese que está al lado de doña María Cano.

—Qué voy a decir de Uribe... fue un mayordomo que se soñó dueño de la finca y ahora que llegó el patrón, reprochándole sus excesos y decisiones autocráticas, es preso de su ira y todos los días mira cada vez más al monte y las botas de caucho que tiene en el rincón. ¡Ja! Y mirá quién está al lado de Lucy Amparo.

—Ni más ni menos que el mayor genocida de Colombia. Más de 170 mil muertos se le suman a su prontuario.

—El “estimadísimo” Carlos Castaño, todo un académico de la guerra irregular.

Daniel Gómez, Julián Carvajal, Andrés Layos, Laura Pérez, Marcela Patiño, Fabián Orozco, Pablo Román, y junto a ellos, Thomas. Todos arrodillados en el piso, exigiéndose cada día perforar la madera. Sudando. Tallando. Para hacer cada rostro utilizaron las herramientas tradicionales: gubias y mototool. Hubo personajes que exigieron el empleo de herramientas pesadas como una sierra eléctrica, una ruteadora y una amoladora. Por ejemplo, Castaño no podía hacerse con otra cosa que no fuera una sierra. “Tenía que ser contundente y agresiva”, me diría Thomas.

—Ese que le sigue a Castaño no tengo ni idea de quién es.

—Un tal Frantz Fanon. Acá dice que fue revolucionario, siquiátra, filósofo y escritor francés; miembro del Frente de Liberación Argelino.

—Quién sabe por qué lo pondría el artista en este grabado de la historia patria.

Latinoamérica. Colombia. El mundo. Todo se relaciona. Frantz Fanon y Chico Mendes—quien también aparece en el grabado— fueron activistas. Thomas me diría que los leyó en su juventud. Fueron muy importantes cuando se interesó en teorías sobre el neocolonialismo.

—Ese que está al lado de Raúl Reyes se parece a Bernardo Jaramillo Ossa.

—Sí, es él. Uno de los más exitosos productos de la FCPIMC S.M.A. (Fábrica de Candidatos Presidenciales de Izquierda Muertos de Colombia. Sociedad muy Anónima).

—Y la señora que está cerca de lo que parece un zapote, por el lado de Castaño.

—Ve, no había visto los árboles, las matas y las frutas. Es doña Rosalba Gaviña Toro, sindicalista. La Fiscalía la absolvió por falta de pruebas de un proceso penal por rebelión y concierto para delinquir.

—¿Y por qué habrá puesto un zapote?

En esta, su primera visita a Latinoamérica, Kilpper conoció el nombre y el sabor del zapote y la granadilla, y pudo comer platos generosos de papaya y piña. Las frutas, junto con algunas plantas de Cannabís en el grabado, representan la riqueza y diversidad del país.

—¿Quién es el que sonríe al lado de doña Rosalba?

—Es Héctor Abad Gómez, todo un humanista. Fue asesinado por paramilitares en 1987.

—Lloré su muerte muchos años, le-

yendo el libro de su hijo. Ese testimonio de “amor”, es la razón por la cual Héctor Abad Faciolince escribe en vez de salir a vengarse, como otros muchos huérfanos que deja la patria.

—No me haga esa cara de que no sabe quién es la que está al lado de Chico.

—Mmm... mejor leo: Liliy Patricia Obando. Dice que la detuvieron en 2008 por vínculos con las Farc. Estos grabados con tanto sindicalista me hacen pensar que estamos como paranoicos con la izquierda.

La relación entre el arte y la política es compleja. A Thomas le gusta plantear algunas preguntas sobre algunos problemas que quizá le interesen a algunas personas, “pero el arte no tiene la capacidad de poner a pensar a toda la sociedad”, concluye.

—Es imposible que alguien no reconozca a Jaime Garzón. Esta sociedad moderna no aguantó la sátira de sus comentarios.

—Yo era un niño cuando resolví que si a Jaime lo mataron y él hacía reír a la gente, aquí no había esperanza para nadie... Ve, mirá ese tan chiquito, al lado de la piña.

—Ese es el que ocupó la dirección del DAS.

—El chivo expiatorio de Jorge Noguera. Por ahí dicen que a uno nadie le quita lo bailao; seguro no olvidará cómo se sintió cuando era un “intocable”, una especie de James Bond cruzado con Ray Liotta en Goodfellas.

—Oíste, ¿a vos no te parece que falta alguien?

—Muchos, pero esto es arte, no un archivo histórico.

—No, pero es que a mí sí me queda como faltando alguien.

Thomas admite que hubo un personaje que se le quedó por fuera: Pablo Escobar. Un olvido que podría tacharse de “negligencia”.

Una foto: restos de barcos estrellados en una isla con 20 kilómetros cuadrados de aridez. Otra foto: miles de inmigrantes hacinados. Thomas Kilpper pasa estas imágenes en su computador para que yo las vea. Son las de su próximo proyecto: construir un faro en la isla italiana de Lampedusa, con una luz para guiar a los cerca de 20 mil inmigrantes que llegan allí cada año intentando entrar a Europa. ¿Qué podemos hacer? Es la pregunta que tiene Kilpper en mente, es la misma pregunta de siempre. Es su forma de hacer arte. ☪



Camila Botero
HO CHI MINH

Impulsada por la narración de su ciudad a través de la admiración de visitantes que se asombran de su similitud con sus lugares de origen, Camila Botero se interesa por lo fácil que nos es dar nuestro entorno visual por sentado. Atraída por los carteles de propaganda política en la arquitectura urbana de Ciudad de Ho Chi Minh, cuyos lemas son considerados por los locales como declaraciones ilógicas de aspiración social y protección, las fotografías de Camila tratan de confundir a las personas de Medellín, en un intento por hacerles reconsiderar los mensajes de su propia ciudad.

Zoe Butt (curadora y codirectora de San Art, Vietnam)

Arte central de UC
con el apoyo de



Por aquí pasaron

La última Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín dejó ver algo más que libros costosísimos y trilladas “novedades” de vitrina. Varios protagonistas del mundo cultural latinoamericano hicieron las delicias del público con sus palabras e, incluso, con su desgarbo y desplantes. Cinco expedicionarios en los bosques del Jardín Botánico dejan constancia de su encuentro con tales especímenes.



El lado B de Blades

Fernando Mora . Ilustración Verónica Velásquez

Estoy solo en el camerino, esperando a la estrella. Hablo por celular con alguien que trata de entrar al auditorio, sin boleta y, mientras le explico que ahora no puedo hacer nada por él, aparece Rubén Blades y me dice: “Termina tranquilo, termina”. Corte. El maestro me da un abrazo de compadre. Su actitud y modales me hacen sentir que estoy al lado de un amigo de la esquina del viejo barrio, de esos compañeros del colegio que se van para Canadá y llegan con visa de residente, veinte años después, tallados por la vida, boyantes pero sin infulas.

Blades se sienta en uno de los sofás de tela, mientras un manager peripuesto le destapa una botella de agua Perrier que figura entre las exigencias del contrato. Sin ningún preámbulo empieza a hablar con efusión sobre el militarismo en Guatemala, los asesinatos selectivos de alguna mano negra y la incomprensión del pueblo acerca de los poderes reales de la política y el deber de participar en ella sin oportunismo: “Quiéren comer la omelette sin romper el huevo”. Es un torrente de palabras que no mencionan para nada a Jerry Masucci ni a Tito Curet, ni todo aquello que un salsero promedio esperaría escuchar de Blades. Ahí confirmo que él es por encima de todo eso que llamó el griego un animal político, y de los más fieros.

En alguna pausa le comento que tengo un temario demasiado extenso para una hora y cuarto, el tiempo previsto para la entrevista en público. “Yo hablo mucho, me dice, tienes que pararme”. Es muy difícil parar a una estrella, le contesto, mientras imagino a la turbamulta de rumberos que, en contados minutos, rechiflarán a este aparecido que pretende callar a su ídolo.

“La gente entiende y respeta”, apunta Rubén. Y unos segundos después ironiza: “Pero esa misma gente que te aplaude y te aclama, en los escenarios, es la que está piratando toda tu música” y entonces hace el gesto del parche en un ojo y luego en el otro, para terminar tapándose los dos, como si fuera un niño explicando la metáfora de los copiones. Se pone de pie para recalcar: “Es algo que me enfurece”. Y cuenta un ejemplo de México. Sus pro-

ductores sacaron al mercado un disco a precio muy popular, pero varios días después se lo plagaron, con el agregado de las letras de las canciones y otras informaciones que lo hacían ver mejor que el original.

Blades tiene un acento que es una especie de chocoano refinado y ese timbre zumbón que entona su habla como una melodía. Oyéndolo uno se da cuenta de lo cerca que está la selva del Atrato de su país, al que él llama en una canción La Puerta del Mundo. De pronto comenta que las dos naciones comparten la memoria cruenta de una misma guerra, la de los Mil Días. Le comento si ha leído la novela de Juan Gabriel Vázquez que relata pasajes de esa historia. Costaguana, según se menciona en el libro, es el nombre literario que Joseph Conrad le da a Panamá. Y Blades me confiesa lo difícil que fue para él terminar *El Corazón* en las Tinieblas. “Ya casi no leo ficción”, dice, aunque ahora está detrás de *El Sueño del Celta* y aprovecha para emprenderla contra otro que también le parece un hueso duro de roer: *El Cementerio de Praga*, de Umberto Eco.

Habla de los cinco años que estuvo por fuera de giras y de los sets de filmación, dedicado al servicio público en el Ministerio de Turismo de Martín Torrijos. Para hablar de un problema social cuenta algo que ya tiene el tono de una canción: “Antes las abuelas eran las que cuidaban a los hijos; pero ahora es distinto porque las abuelas son muy jóvenes y están más buenas que las hijas, y tienen que salir a la calle, ¿y entonces quien va a cuidar a esos niños?”. Blades nunca tuvo hijos, fue un muchacho enfermizo que pensaba que iba a morir pronto y decidió hacer todo a la vez y muy pronto: Él quería ser cantante, su madre quería que fuera abogado y sus amigos lo volvieron actor. Dice que sólo se dio cuenta de que era pobre cuando salió del barrio. Su padre era detective del ejército y tuvo que huir con toda su familia a Miami, para salvarse de la paranoia de Noriega que sospechaba una conjura contra su vida.

Mientras se acerca la hora señalada, se escuchan afuera los radios de los guardias que gangosean claves de seguridad, el asesor de imagen me indica que en

el proscenio debo sentarme en el sillón de la izquierda. Rubén reanuda el diálogo. Ya me he dado cuenta que es un personaje que tiene demasiada conciencia del valor del tiempo, a la manera neoyorkina, pero que a pesar de eso responde con sorpresa, en su página de internet, inquietudes como “¿es verdad que tenías gripe cuando grabaste *Plantación Adentro*? Es posible que tuviera gripe (sic) cuando grabé esa canción, ya no me acuerdo. Pero a mí esa clase de preguntas me dejan pensando”.

La presentadora anuncia el inicio del evento. Extraño que nadie diga, como en las viejas grabaciones de los conciertos de la Fania, en el Yankee Stadium: “Señoras y señores, ladies and gentlemen directamente desde Nueva York a Medellín...”. Esto no puede ocurrir porque el sonero esta vez sólo ha venido a conversar en el auditorio Humboldt de la Fiesta del libro.

Y pese a lo anterior, Rubén asoma y la gente se agita en un aplauso estruendoso. Él ha sido como la banda sonora de sus vidas; el papá de Pedro Navaja y Maestra Vida; el que le regaló una canción a Hector Lavoe en su época de vacas flacas; el panameño universal y actor de más de 20 películas; el que hizo dueto con Paul Simón en Broadway; después de haber conquistado al mercado latino con *Siembra*, el álbum más vendido de toda la historia de una música que nació en Cuba, se crio en los guetos de Nueva York y se regó por el sur como un eco de tambores bantú.

Blades habló de sus primeros días de carterero de la Fania, de sus ajeteos de funcionario con las pandillas de Colón, de la petición incansante a los guionistas para que no lo maten en el cine. Sus palabras fueron celebradas hasta con un sorpresivo solo de trompeta. En el ascensor de salida, su séquito cerró filas como una guardia romana para llevarlo lejos de las zarpas de sus fieles que lo querían ver en el escenario otra vez, agitando sus maracas, sin que importara saber ya más si es un cantante que cuenta o un cuentero que canta. ☺

La encontré en las escalas que conducen al salón Humboldt. Toda de negro, con un paje solícito que cargaba su cartera, el pelo revuelto y el genio turbio a causa de los eternos problemas con su tiquete de regreso. Y a pesar de todo se estaba riendo, una risa silenciosa y minúscula que utiliza para los asuntos de forma y de fondo: como venganza contra los organizadores y como arma liviana contra los contradictores. No en vano escribió un libro sobre la caricatura en Colombia.

Beatriz González es una excepción entre nuestros artistas: puede batirse a duelo con los historiadores, los críticos y los burócratas culturales. Tiene un arsenal de recuerdos, anécdotas, teorías y lecturas para hacerlo. Y la risa como estocada. Me presento con cierta reverencia, con el “Maestra” por delante para no recibir ninguna herida temprana. Le recuerdo que hace más o menos un año le hice una pequeña entrevista sobre los pintores de la Comisión Corográfica, encargados de hacer una especie de enciclopedia nacional a punta de pincel, y me contesta como es debido:

—“Sí, claro que me acuerdo, quedamos de hablar 10 minutos y me hizo preguntas durante más de media hora”.

Las manos de la Maestra son delgadas y temblorosas, tan frágiles que el saludo parece exigir una delicadeza propia del trato con las urnas de los muos. Pero muy pronto sus maneras rápidas, su falta de ceremonia, su disposición al ataque y las acusaciones prenden mis alarmas. Beatriz González parece una anciana venerable, pero es pe-



Sergio Álvarez, ñero

Juan Carlos Orrego . Ilustración Jr

lombia, y ya traducida al alemán—, Álvarez llegara con el mentón apuntando más arriba de la cuenta y con la idea de que el moderador de la charla —yo— también participaba de la ambigua categoría que antaño había endilgado a sus colegas.

Sergio llegó tranquilo, como si lo hubieran citado a una junta de vecinos o a ser jurado de votación. Iba con las manos en los bolsillos y me saludó como si apenas ayer hubiera tenido lugar el humoso encuentro en Carlos E. Restrepo. Desarmado, dejé a un lado las dudas que me había dejado su última novela y, sabiéndome obligado a ser noble y sincero, devolví las páginas de la historia y encomié Mapaná, su primer libro. El cumplido lo alegró y charlamos cinco minutos como si fuéramos dos conocidos cualquiera, tranquilos y bienintencionados: como si él no fuera un escritor y como si yo no fuera un profesor universitario haciendo las veces de secretario anfitrión por encargo de la Fiesta del Libro. El hechizo se rompió cuando llegó Gamboa, enorme y feo, lento como un gran gato viejo (a sus 46 años). Saludó con relativa parquedad a Álvarez y, si bien le dijo “maestro” en cierto momento del conversatorio, en otro se refirió un tanto despectivamente a 35muertos —novela efectista lanzada con mucho ruido, lágrimas del autor y buena expectativa de ventas en Co-

lombia, y ya traducida al alemán—, Álvarez llegara con el mentón apuntando más arriba de la cuenta y con la idea de que el moderador de la charla —yo— también participaba de la ambigua categoría que antaño había endilgado a sus colegas. Sergio llegó tranquilo, como si lo hubieran citado a una junta de vecinos o a ser jurado de votación. Iba con las manos en los bolsillos y me saludó como si apenas ayer hubiera tenido lugar el humoso encuentro en Carlos E. Restrepo. Desarmado, dejé a un lado las dudas que me había dejado su última novela y, sabiéndome obligado a ser noble y sincero, devolví las páginas de la historia y encomié Mapaná, su primer libro. El cumplido lo alegró y charlamos cinco minutos como si fuéramos dos conocidos cualquiera, tranquilos y bienintencionados: como si él no fuera un escritor y como si yo no fuera un profesor universitario haciendo las veces de secretario anfitrión por encargo de la Fiesta del Libro. El hechizo se rompió cuando llegó Gamboa, enorme y feo, lento como un gran gato viejo (a sus 46 años). Saludó con relativa parquedad a Álvarez y, si bien le dijo “maestro” en cierto momento del conversatorio, en otro se refirió un tanto despectivamente a 35muertos —novela efectista lanzada con mucho ruido, lágrimas del autor y buena expectativa de ventas en Co-

Maestra con látigo

Pascual Gaviria . Ilustración Cachorro

ligrosa. El primer golpe me advierte que debo olvidarme de tantos comedimientos. Ya en la mesa principal muestra su verdadera edad: una Coca Cola normal al frente, los papeles viejos en sus manos, una memoria USB en su computador y el celular tirado en el suelo. Su postura y sus herramientas podrían ser las de un artista que apenas ronda los 30 años.

Tanto la Maestra como el otro contertulio invitado traen presentaciones preparadas, en papel y en imágenes, para un título que daría para tres semestres: *Colombia vista desde las artes plásticas*. Yo llevo apenas dos hojas con algunas citas, cuatro ideas copiadas y cinco preguntas viejas. Les digo a mis compañeros de mesa que será mejor que ellos hagan su exposición y yo me haga a un lado. Intento saltar del barco que cinco minutos antes de zarpar está hecho un buque. Pero donde manda capitán no manda marinero. Recibo el segundo sablazo de la noche, esta vez en tono de orden perentorio: “Usted tiene que estar”, me dice la Maestra. Inclino la cabeza y tomo el micrófono.

Beatriz González ha desempolvado las notas de unos cursos preparatorios para guías del Museo Nacional en Bogotá. Lee esos papeles escritos en 1979 con una especie de devoción histórica, sostiene el micrófono con las dos manos y habla de las exigencias rudas para esos jó-

venes que pretendían aprender a caminar por el Museo. Resulta que los alumnos de entonces han resultado ser grandes artistas de hoy, incluida Doris Salcedo, nuestra carta de mostrar en las grietas de Tate Modern. La Maestra se precia de haber obligado a los jóvenes artistas de la época a sostener un libro, para desmentir un dicho que se ha repetido con saña en algunos círculos artísticos del país: “Más bruto que un pintor”.

De su lectura se salvaron algunas notas al pie. Su desprecio a la idea del museo actual como parque de diversiones: “No el museo que hoy llaman Mambo y en el que se exhiben carros y licuaduras...”. Su desinterés por las declaraciones de humildad. Beatriz González sabe que es una especie de decana del arte nacional y no se esconde para decirlo con una sonrisa algo malvada: “En los años setenta nadie entendía lo que yo estaba haciendo, no porque no estuviera madura, sino porque llegué antes de tiempo”. También quedó una anécdota que deja ver su fervor por los periódicos: “*Los suicidas del Siga* surgen más por la imagen plana, descolorida, de la foto de *El Tiempo* —que la había copiado de la original de *El Espectador*—, que por la historia de la tragedia amorosa”. Un periódico mal impreso le entregaba un tema clásico y un fondo inesperado para el arte del momento.



Era hora de mi primera pregunta y quise empezar por esos primeros pintores de la realidad colombiana de que habíamos hablado un año atrás: “Bueno, pues no entiendo qué tiene que ver esa pregunta con el tema de la charla, pero ahí vamos”. Me defendí repitiendo la pregunta y el título de la charla mientras la Maestra comenzaba a responder con su risa como adorno. No me quedó más que anotar la palabra *bruja* en mis notas preparatorias de esta página. Pero todavía faltaba. Le pregunté por qué la presidencia de Turbay había quedado en su obra como una comedia tranquila y la de Belisario como una tragedia cruenta, a pesar de que el primero era recordado por las torturas de los militares y el segundo por las palomas de la paz. Me dijo como quien empuja al entrevistador a un abismo: “Pues usted ya lo ha dicho, más bruto que un pintor”. Ahora Maestra y pi-

blico se reían del improvisado entrevistador. En la despedida, cuando daba los agradecimientos al público, organizadores y Maestra, llegó el último regaño por ignorar la presencia del tercer contertulio. Aquí ya hablaba la tía que reprende al sobrino por sus modales. Pero es imposible no quererla, sobre todo después de que me entregara su firma temblorosa, de niña esforzada, sobre un libro suyo que me atreví a llevar para la ocasión. Al día siguiente me la encontré en el aeropuerto. Me saludó como una vieja amiga, elogió el programa de radio que ocupa mis tardes, me ofreció un artículo para *Universo Centro* y me pidió que le enviara uno de los datos que mencioné en la conversación de la noche. Era otra. Su vuelo a Bogotá ya estaba confirmado. ☺



Alessandra, la diosa erótica

Andrés Delgado . Ilustración Jose Sanín

Alessandra Rampolla, la gordita más sexy de la televisión latinoamericana, estuvo en la Fiesta del Libro de Medellín hablando sobre educación sexual. Ahora, el asunto es que Alessandra ya no es la mujer troza de antes. Un by pass gástrico le bajó 35 kilos y la dejó con un look más comercial. Aunque algunos extrañamos su atractivo de antes, igualita a las mujeres del Baño turco, de Ingres, o a las mamacitas que pintaban durante el Renacimiento, todas repolluditas y culoncitas.

El domingo 18 de septiembre, a las 7 de la noche, la fila para verla en el salón Humboldt era larguísima. En un evento simultáneo, en el salón Linneo, se presentaría el poeta Omar Castillo con el auspicio de la revista *Prometeo*. El poeta Castillo salió al pasillo y miró preocupado su escasa audiencia. Desconcertado, se acercó a una de las organizadoras: ¿Y esa fila tan larga es para quién? La chica lo miró: Para ver a Alessandra, una sexóloga. ¿Sí?, dijo Castillo, ¡uy, qué envidia!— Y los que estábamos allí sentimos pesar, y casi nos salimos de la fila. Pero no, dijimos, solo por hoy, vamos a preguntarle a Alessandra cómo sosegar las solicitudes de nuestras novias en el sexo anal... Otro día, lo prometemos, iremos a poesía.

El salón estaba repleto de gente y casi no logramos puestos. Al rato, por fin apareció: Alessandra estaba delgada, con el pelo cortico y sus brillantes ojos de ardilla. De entrada no se dedicó a comentar su nuevo libro sobre educación sexual infantil, sino que dio la posibilidad para que el público participara y la conferencia se convirtió en una charla bidireccional, de preguntas y respuestas.

Una muchacha se levantó con el micrófono en la mano: mi hijo de seis años me preguntó: ¿Mamá, qué es pene? Y yo me quedé aterrada, y luego supe que, en el colegio, la profesora dijo que uno debía ser bueno para que el alma no pene. Risas en el auditorio. Otra levantó la mano: A mí me preguntó mi hija qué era porno. ¿Y qué le contestaste?, le devolvió Alessandra. Pues no, le dije que eran fotos de hombres y mujeres haciendo el amor. Sí, dijo Alessandra, los niños no tienen esa malicia que tenemos nosotros. Por favor, cuando hablen de sexo con sus hijos traten el tema con el mayor desapego emocional, hablen como si fuera un tema de biología, como una activi-

dad reproductiva, pero nada de... y lo rico que se siente... es delicioso... no, nada de eso.

¿Y si el niño está creciendo en una pareja de homosexuales? Lo mismo, hay que explicarles el tema del encuentro entre hombre y mujer, porque es la única manera en que hay reproducción.

¿Y si me encierro con mi esposa y nuestro hijo comienza a preguntar qué estamos haciendo? Hay que aclararle que los adultos tienen un espacio privado y él debe aprender a respetar esos espacios.

Mi hijo tiene veinte años y a pesar de las advertencias me volvió la casa un motel. Bueno, ese es otro tema, porque es un adulto, no un niño, y si es tan adulto para saltar tus condiciones en la casa, debe ser igualmente adulto para hacer sus reglas, pero en otro lugar.

Mi hijo tiene trece años y me preguntó cuándo puede hacer el amor. Esa está difícil, porque ninguno de nosotros le ha hecho caso a los papás en ese sentido, pero lo que sí le puedes decir es que el sexo se da entre personas adultas, y eso sí, bombardealo de información para que esté bien preparado y pueda tomar sus decisiones.

Después de la educación para niños, va la duda por la que hemos venido. Esa pregunta nunca falta en mis conferencias. La clave es preparar la relación y tener en cuenta cuatro puntos. Alessandra los va contando en la mano:

1. Lubricación. El ano no lubrica de manera natural y si no está lubricado... duele.
2. Relajación. Y hay dos tipos de relación, una consiente en la que una tiene el control del cuerpo. Pero hay otra en la que el cuerpo se manda solo, sin hacer caso, así que hay que esperar a que el cuerpo responda.
3. De poquito a más. Hay que prepararse y los juguetes anales sirven mucho para comenzar a dilatar.
4. La persona que recibe es la que tiene el control.
5. Tomarlo con calma.

Al final, los aplausos y nosotros a buscar la salida. Hablar de sexo de manera clara y sin tabú debería ser parte de nuestra cotidianidad. Programas como *Sexo a lo bien*, de Telemedellín, al igual que Alessandra Rampolla, se preocupan por poner en la mesa estos temas y poder así dejar atrás nuestra hipocresía parroquiana. ☪



Una fiesta sin Alma

María Alunada . Ilustración Lina Orozco

Esa noche me puse a imaginar que a ella le gustaba la lluvia —entiéndase el deseo de salir en medio de una tormenta—; que siendo el baile una de sus grandes pasiones, su cuerpo se había forrado de músculos incansables; que seguía amando a los colombianos por la devoción a la rumba y a la lectura, como escribió hace años, y que por estas razones llegaría en cualquier momento, contra todo pronóstico, a la casa antigua donde yo la esperaba sin que ella lo supiera. Alma Guillermprieto me reconocería como la ingenua del día anterior que se quedó al final de la charla sobre caos y periodismo para invitarla a la fiesta del periódico Universo Centro, y por un impulso natural de su carismática personalidad, me estrecharía la mano, me diría qué gusto verla (se vale soñar) y yo, venciendo mi propensión a quedarme sin palabras, le preguntaría qué se le quedó anotado en la libreta para refutarle a Jean François Fogel sus ideas sobre la prensa sin Gutenberg.

Sigo con la curiosidad de saber qué pensaba cuando negaba con un leve, casi imperceptible movimiento de cabeza, los vaticinios del periodista francés sobre el futuro del periodismo: “Las estadísticas demuestran la predilección de la gente por los videos en lugar de la lectura en Internet” (las estadísticas también aseguran que en Medellín preferimos los libros de autosuperación, pero yo no he leído el primero). Estaba en que Alma negaba con su cabeza esas curiosidades digitales, o por lo menos eso parecía, y se veía inquieta en el sofá gris esperando el turno para rebatir a su colega, pero alguien de la organización indicó que el conversatorio se terminaba por cuestiones de tiempo. Lo que Alma iba a decir quedó en los oídos de Jaime Abello, quien es ahora el custodio de su secreto.

Todo esto pasaba por mi cabeza mientras se disminuía lentamente una fila de dos horas para entrar al baño de la casa donde transcurría la fiesta, cuando escuché la voz de alguien que hablaba de la periodista como si la conociera. Era Ricardo Corredor, el moderador, contando con la animosidad que da el vino algunas anécdotas de *La Habana en un espejo*. —En ese libro narra cómo Cunningham se acercó y le dijo que se fuera para La Habana, que ella sería una gran profesora de baile... ¡Profesora!, imagínate, a ella que soñaba con ser la siguiente Martha Graham. —Ricardo —interrumpí la confesión del libro— dígame que la convenció de que viniera, usted me dijo que iba a venir con ella —le recordé como si mereciera un informe detallado del tipo vieja amistad. Acomodándose el marco de las gafas sobre su nariz y haciendo un esfuerzo por agacharse hasta mi nivel sin regar el vino me susurró: “Acabamos de dejarla en el hotel, estaba cansada, no podía estar de pie cinco minutos más”.

Agradecí el informe, con desilusión me aparté de la fila, y salí a la puerta para ver cómo la tormenta había adoptado la forma de riachuelo en la calle empinada, arrastrando en su corriente las hojas y chamizos de todos los árboles del barrio Prado. Mirando el caos de agua revuelta recordé una de las pocas frases de su abreviada intervención: “[Periodistas] salgamos a que nos suceda el caos del mundo. Eso hago yo, salir como planeta a que me impacten los meteoritos”. Lástima que precisamente esa noche prefirió la comodidad de una cama blanda del Hotel Intercontinental, y dejó la fiesta sin Alma. ☪



Conservamos cerca de
37 mil hectáreas de cuencas.

El agua nos hace vivir
Por eso la cuidamos como el recurso
más valioso de la naturaleza.

www.somosgruopoepm.com



Grupo • epm

Colombia • Panamá • El Salvador
Guatemala • Estados Unidos • España

Mestizos alféreces y otros maromeros

Al son de la matraca nuestro historiador Rafael Ortiz nos cuenta cómo eran las fiestas en el Parque de Berrío, allá por los tiempos de Upa.

Byron White. Ilustración Lyda Estrada

El Parque de Berrío, primigeniamente conocido como Plaza Mayor, Plaza de Zea y de muchas otras formas, fue el escenario de los más importantes eventos desde la Colonia hasta fines del siglo XX.

Habitualmente era la sede de todas las fiestas del calendario parroquial, tanto religiosos como oficiales. Las oficiales se realizaban en un triángulo formado por la carrera Bolívar, la calle Colombia y la línea imaginaria que unía la esquina de Bolívar con Boyacá. Las religiosas se desarrollaban en el otro triángulo.

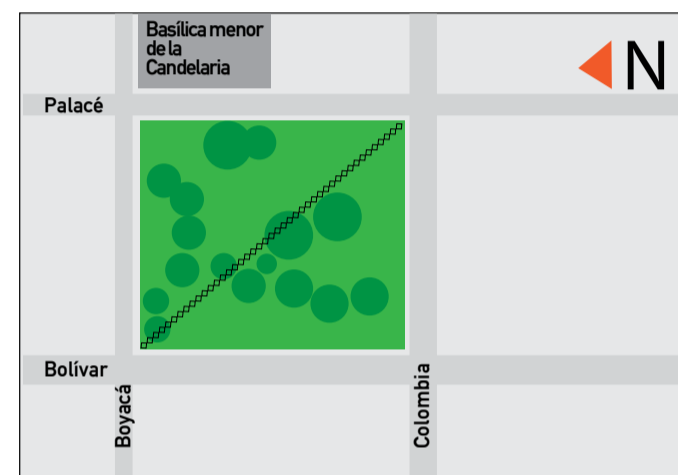
En los primeros días de febrero se celebraban las Fiestas de la Patrona, que empezaban con la elección del Alférez. Ser Alférez tenía muchísimas ventajas para quien lo fuera y para su familia, y prácticamente ninguna desventaja, pues era la única elección a la cual tenían acceso quienes no disfrutaban de sangre limpia, es decir, aquellas personas que habían aparecido en la población sin documentos que certificaran su sangre española. Judíos y esclavos por ejemplo. Esas eran marcas vergonzosas, y aun cuando muchos esclavos lograban su manumisión por causas diferentes, la mancha sólo podía borrarse totalmente con muchísimo dinero. Podían acudir al Consejo de Indias, pero en muchas ocasiones se perdía la plata que mandaban. Ser Alférez de las Fiestas de la Candelaria o de otras festividades religiosas, como el día del onomástico del Rey, era también costoso pero garantizaba un seguro lavado de sangre.

Desde mitad del año, con las actividades preparatorias de las fiestas, empezaba la puja entre los ciudadanos por ser Alférez. Ofrecían, de acuerdo con su capacidad económica, desde la renovación de las imágenes religiosas, la traída de predi-

cadore especiales, principalmente de la diócesis de Popayán, y diferentes actos de diversión para el pueblo, hasta el acatamiento de ciertas costumbres como pagarle el viaje a la chirimía de Girardota y los premios para los polvoreros por la elaboración de los juegos pirotécnicos. Los que más ofrecían eran aquellos que tenían hijas e hijos en edad casadera, pues después de ser Alférez sería más sencillo conseguirles consortes de sangre limpia, aunque pobretones.

Una vez conseguido el cargo, el beneficiado empezaba a trabajar en consonancia con lo que había ofrecido. Usualmente se renovaban los cálices y otros objetos de culto, pero lo principal para el Alférez era hacer resaltar su casa entre las de toda la población. Entonces entraban en escena los maromeros. Tan pronto empezaban las fiestas, con la novena, se sembraba al frente de la casa un poste enorme que era la base para la actuación y durante el día se ejecutaban diferentes tipos de maromas para aplaudir o silbar, mientras llegaban de Popayán el predicador y los diferentes objetos encargados.

A cada día de la novena le correspondía una serie de juegos pirotécnicos que iban ganando en interés a medida que llegaba el día de la Patrona. Lo que más le gustaba a la gente era la quema de la recámara, las vacalocas y los famosos castillos que reproducían narraciones fantásticas de mitos coloniales. La chirimía le sacaba sonidos especiales a sus instrumentos de barro y no dejaban de sonar durante toda la fiesta los fututos y especialmente las matracas. Si a eso le agregamos que generalmente las ceremonias religiosas de la novena terminaban después del anochecer, que la plaza no tenía iluminación y que los que más se divertían eran los muchachos del pueblo, tendríamos lo que se puede denominar un caos en lugar de una celebración. ☹



www.sosstudio.com.co
 + Alquiler de estudio para fotografía y video/equipos y material de iluminación + Retoque fotográfico
 + Realización de proyectos fotográficos comerciales + Casting + Talleres de fotografía.

S O S
 s.t.u.d.i.o
 Tel: 444 23 52

Cra.43 A No.18 Sur 135 Local 125 - Sao Paulo Plaza - Medellín - Colombia

patienda del vino
 RESTAURANTE & BAR

Patacones • Picadas • Champiñones • Seviches
 Ensaladas • Pescados • Cazuelas • Mondongo
 Ajiaco • Frijoles • Lengua • Posta • Riñones
 Carnes a la parrilla • Tablas de quesos y carnes
 Carpaccios • Fondue • Sopas • Pastas

Tel: 311 5822
 Calle 9
 No. 43B-93

MUSEO DE ARTE MODERNO
 MEDELLIN - COLOMBIA

Entrada libre

FESTIVAL AUDIOVISUAL CREATIVE COMMONS
 Deja que tu película ruede libre
Viernes 21 y sábado 22 de octubre
 Películas, conversatorios y talleres sobre nuevas dinámicas de creación y producción cultural.

Lugar: MAMM Sede Ciudad Del Rio.
 Apoyan: MAMM, Creative Commons Colombia, It's Happens, Fundación Karisma, Otraparte, Ciudad Red, Mastodonte y la Miscelánea.

Museo de Arte Moderno de Medellín
 T: (574) 4442622
 Carrera 44 No. 19 A -100

programación en www.elmamm.org

ESTÁ EN ALGO

SIGUARAJAZZ

SIGUARAJAZZ ESTÁ EN ALGO
 LO MEJOR DE LA SALSA Y EL LATIN JAZZ DE MEDELLÍN
 CONTACTANOS EN siguarajazz063@hotmail.com jazz@une.net.co

¿Quiénes Somos?

GRUPO HANGAR

La mejor y más completa oferta en servicios de comunicación.

- Espectáculos culturales
- Conciertos
- Ferias
- Desfiles
- Eventos académicos
- Diseño y dotación de escenarios
- Alquiler de sistemas de iluminación y sonido profesional
- Diseño y alquiler de espacios efímeros y mobiliario
- Alquiler de pantallas y mallas de Leds 3 en 1

www.grupohangar.com
 (057) - (4) - 444 15 00 Medellín - Colombia



andrea katic kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
 tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co

mal mal correcto



Estilario

Raúl Trujillo

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Claramente podemos reconocer en el estilo que eligió María Teresa su sensibilidad femenina, y no sólo al vestir. Tengo el gusto de conocer, bueno, mejor, de haber sido entrevistado por esta experta en estilos que desde la tele representa otra arista del complejo sistema que conocemos como moda, los medios. Volvamos al estilo y a las piezas coordinadas dúo-ono que componen el outfit de esta uniformada versión de pin-up; puede que no sean los códigos habituales de lo sexy que reconocemos pero de nuevo aparece la expresión infantil y lúdica con algo de spicy —picante— tan característico de las chicas de hoy. La camisa blanca de popelina —tejido plano en algodón 100% o mezclada con un poco de elastómeros, que nuestras textileras locales elaboran de la mejor calidad— recrea a la perfección un uniforme de algún colegio de tradición, una imagen fetiche del cómic y el anime. Femeninas sus mangas bombachas y los cortes princesa que la entallan al cuerpo, masculino el estricto botonado y el moño a modo de corbatín o pajarita. El atuendo femenino se ajusta al estricto andrógino, al estilo de impúber varón. Pero esta pin-up no es retro, es un poco futurista y con una fuerza minimal. Las líneas orgánicas que dibujan los botines al ascender por el tobillo se hacen aerodinámicas y delinear las piernas esbeltas que con orgullo luce María Teresa, con su micromini. Minimal tal vez por ese halo cenizo agrisado —de lo mejor que dejó la Bauhaus— que hace de todo el traje un conjunto, algo que poco vemos y sólo nos es habitual en el mundo laboral. La monocromía y la coordinación en tiempos de discolora yuxtaposición puede de nuevo ser centro de atención por mera oposición. Hay una línea roja que dibuja una sonrisa y en conjunto podríamos encontrar un clásico del manga en una versión local. **UC**

María Teresa Mesa es comunicadora social y periodista

de memoria

Historias largas y cortas.
www.casadelamemoria.com.co
Una ventanilla tan siniestra como indispensable.

Joaquín y sus dos hijos

Katalina Vásquez. Fotografías Casa de la Memoria

Sus ojos aguados y su sombrero —sus manos grandes, su hablar pausado— me recuerdan a mi abuelo. Sus dos hijos muertos, también. Él era negro como usted y sus dos muchachos, a quienes conozco en fotos. Fotos de desaparecidos. O sea, fotos tipo documento, rostros en primer plano, últimas miradas vivas, ropas coloridas, relatos dolorosos, episodios confusos. Son fotos pegadas a documentos. Papeles que, en sus iras y venires de buscar justicia, resultaron paseando por Antioquia y Santander en una carpeta grande, ajada y café. Derechos de petición. Números telefónicos. Fechas señaladas. Remisiones de organismos públicos. Nombres de fiscales, defensores públicos y, por supuesto, amistades. Anote mi número, le pido. Los papeles se mezclan como sus sentimientos de pérdida, sus deseos de encontrar la verdad, su fe en un Dios que escuchará sus súplicas y en un gobierno que lo ayudará en la tierra.

Usted, según me explica pacientemente esta tarde sin nubes en un parque de Medellín, sigue tras el rastro de su hijo Léider y acaba de enterrar a Joaquín, el que —tras años de insistencia— rescató del olvido entre un arrume de civiles asesinados por el Ejército. Qué valiente, pienso de usted mientras me cuenta cómo recogió dinero para el pasaje, viajó hasta Cimitarra, reconoció a Joaquín en una camilla fría, volvió a Medellín sin el cuerpo y volteó el mundo para regresar y traerlo a su sagrado funeral. De nuevo en Cimitarra, pasó la noche en casa del sepulturero, un hombre muy bueno que lo ayudó en todo cuanto pudo, me cuenta tomándose un café con leche.

Días después, ya en Medellín, el Estado le devolvió a su hijo. Primero, lo invitaron a respirar. Eran los psicólogos del Programa de Atención a Víctimas del Conflicto. Usted, cuerpo grueso, bastón en mano, sombrero blanco, canas en el rostro, se toca el vientre como buscando el aire. Los profesionales lo instruyen, le hablan del duelo, lo invitan a recordar a Joaquín y hacerle un homenaje. Hay velas, fotos, dibujos, miradas cabizbajas, ojos tristes. Me explica, sin una sola lágrima, que hay que ser fuerte para soportar tanta cosa. Qué valiente y qué fuerte, don Joaquín, pienso esta vez, y lo sigo escuchando creyendo que va a llorar. Pero no. Una frase tras otra, tranquilamente, mirando al cielo, como ese mismo día cuando, después de respirar y dibujar, se fue para la Fiscalía a reconocer a su niño. Tenía 31 años cuando le perdió el rastro. Pero es su niño, que de grande buscó suerte de albañil y fue entonces cuando se perdió. En el búnker, junto a funcionarios judiciales vestidos de negro y batas, lo mira, ya en huesos, descu-

bre los huecos de bala. Se pregunta por su sufrimiento y por qué lo harían. Este país, me dijo cuando nos conocimos, está muy mal.

Al otro día le devuelven el cuerpo. El día de la entrega está usted sentado en un sala limpia. Ya no trae la corbata, pero sí el sombrero de cinta negra y, como siempre, la mirada atenta, fija: al frente, pequeños ataúdes con cintas blancas, flores blancas y hombres de negro; atrás, usted, su hija mayor y otros familiares de desaparecidos con las manos en la cara, agachados, algunos desmayándose. La Fiscal los llama uno a uno; le entrega entre un sobre de cuero negro el acta de defunción, usted vuelve al puesto; después se para de nuevo y va por la caja, el pequeño ataúd con lo que apareció del desaparecido. Ya están su hija y un amigo junto a usted. Se abrazan, y de su ser y su fe en Dios reciben la fortaleza para ir al entierro.

Hay que continuar, me dice en medio del bullicio de los buses de Aranjuez, y yo imagino que eso se repitió al agarrar el bastón y retomar el paso, cuando subió al bus custodiado por la Fiscalía hacia el Cementerio de San Pedro. O quizá entonó una alabanza, como esa que canta cruzando la calle, al terminar el café. La melodía es lenta, dulce, y su voz es paternal, sus palabras cálidas. Entonces, cantando y cojeando, me recuerda a mi abuelito. Él era un campesino humilde pero honrado como usted mismo se describe en esta breve entrevista. Él también perdió una pierna, y la tierra, los animales, el cultivo, el arroyo, la paz. Su hija menor, mi tía Lucía, también desapareció un día. También regresó en una caja desde un pueblo ardiente del Magdalena Medio. Y para recordarla, le he puesto su nombre a mi hija. No se lo cuento; me parece insulso junto a sus palabras. Usted, respondiendo a una de mis preguntas, me explica que sigue su búsqueda para no olvidar. Que se sepa mi historia, me dice con la mano en el pecho, para que los que cometieron estas injusticias paguen. Y porque, si no la cuento, me sentiría cómplice de tanta cosa horrible que pasa y pasa y sigue pasando en este país por miedo a la verdad.

Quedamos en una segunda charla: quién era antes de convertir sus días en la búsqueda incansable de un padre a sus hijos. La niñez en la vereda, la adolescencia de pescador, la picadura de serpiente, el primer destierro, la amenaza, el homicidio de sus compadres, la llegada a Medellín, un segundo desplazamiento, sus diez hijos en la ciudad, su rancho en Altavista, sus setenta años, sus mujeres, su proyecto de ser chef. Ojalá consiga el horno que tanto quiere para hacer panes y sancochos, lo que mejor le queda, según me cuenta sonriente, orgullo-



so. Con el negocio, tendría un sustento para, además de alimentar a los hijos que le quedan, pagarse un taxi, no cojear diez cuadras del centro de Medellín, y quizá financiar la búsqueda de Léider; volver a Santander, recorrer el país. Porque, comprendo en medio de la entrevista, usted a sus hijos los encuentra porque los encuentra. Comprendo su foto en el cementerio. Después de enterrar a Joaquín, como pausando la película de su vida, usted se tapa la cara, se recuesta a un muro, abraza el poste, descarga la cabeza en el antebrazo, respira lento, tiene algo en el pecho, ¿un peso? ¿un punzón? ¿un presentimiento? Ahora que Joaquín descansa tiene la certeza de que Léider está muerto.

Nos despedimos. Hay que apresurarse. La abogada lo espera con más papeles. Léider, esté donde esté, también. Usted, don Joaquín, fuerte y valiente, lo encontrará. **UC**



Bowles en Colombia

Ignacio Piedrahíta · Ilustración Verónica Velásquez

Paul Bowles fue viajero y escritor, o viceversa. Era gringo, hijo de un dentista acomodado de Nueva York. Desde pequeño mostró vocación por el piano, pero más fuerte resultó el deseo de estarse moviendo. De la música pasó a la crítica musical, y de ahí saltó a los cuentos y novelas. Entendió que su naturaleza de nómada, combinada con el valor del dólar en otros países, podía dar buenos resultados. Y terminó recorriendo Marruecos con una grabadora en la mano, recopilando raros cantos del de-

sierto. Más tarde se compró una casa en Sri Lanka para escribir su más famosa novela, *El cielo protector*. África fue la obsesión de Bowles —allí se desarrollan sus mejores historias—, pero los viajes en barco le permitieron tocar muchos puertos. En sus memorias están estas visitas cortas, entre ellas una escala en la costa colombiana. Fueron unas pocas semanas del año 1938 ó 39, en una Colombia donde los soldados todavía andaban con armas blancas. Aunque Bowles pasó en-

fermo casi toda su estadía, contó con tiempo para tener noticias de un muerto y pasar la frontera con una paaca de cigarrillos de marihuana en sus maletas.

Bowles ya venía delicado del estómago en el trasatlántico venezolano Juan Sebastián Elcano, que lo traía de África, pero se agravó en un hotel de Barranquilla. Allí le pusieron una jarra de agua para la noche, cuyo aspecto era tan desagradable que debió preguntarle al camarero si esta era realmente para beber. El muchacho le respondió afirmativamente, agregando que el mismo administrador la hervía. Con ingenuidad de gringo, Bowles sació la sed de una noche húmeda y de tormenta, de fragancias frutales y hojas de plátano que hacían resonar los goterones del violento aguacero. Al día siguiente no se pudo levantar.

El mismo empleado fue quien le subió algo de comer al enfermo, y este le preguntó si en verdad esa agua estaba hervida. El muchacho le dijo que no lo estaba, y ante el reclamo del huésped le respondió que el administrador, de hecho, la hervía, pero para él y su familia, no para los huéspedes. Parece un mal chiste, pero Bowles no ahonda en explicaciones. Sin embargo, se podría sospechar de un malentendido idiomático, mezclado con un afán de cortesía, que no permitió expresarse claramente al colombiano. Esto para hablar en su favor. Bowles tenía idea del español, y de hecho había practicado bastante durante el reciente recorrido marítimo, gracias precisamente a su estadía en la enfermería, donde lo visitaban diariamente miembros de la tripulación venezolana. Pero muy probablemente el acento del camarero barranquillero no se presta para las precisiones que se necesitaban en el asunto del agua. Prueba de ello es que los pa-

seos al mar de un cachaco generalmente estén salpicados con la anécdota de una diarrea. Y siempre una voz aseguró que el agua estaba hervida, la lechuga lavada y los camarones frescos.

Pero el malentendido de Bowles habría que matizarlo con la buena intención de un empleado que quizá, al ver un agua terriblemente turbia, no se atreviera a advertirle que no la tomara. Algo parecido le había ocurrido al escritor en una pequeña ciudad de Marruecos, donde un mesero le aseguró que al día siguiente saldría de madrugada un bus para el pueblo que él quería visitar. Pero no hubo tal bus y Bowles se devolvió donde el marroquí, quien le confesó que no quería contrariarlo en su deseo de que existiera dicho transporte.

Descompuesto, Bowles terminó en la finca cafetera de un norteamericano en las faldas de la Sierra Nevada. La altura, le dijeron, le haría bien, pero no fue así, debió bajar a Santa Marta a buscar un médico. Ahí averiguó pasaje para Bogotá, pero la idea de tener que hacer un viaje de nueve días sólo hasta Honda, donde tendría que tomar un tren hasta la capital, lo desalentó. No era falta de espíritu aventurero, se disculpa él, sino falta de dinero para pasar en el interior un tiempo que justificara semejante viaje.

Para aprovechar los días que le quedaban, Bowles armó viaje para Riohacha, donde supuestamente hallaría indios con arcos y flechas. Pero no pudo viajar porque el único barco de cabotaje que hacía la ruta desde Santa Marta estaba averiado, sin fecha definida para volver al agua. De vuelta en tren, cerca de Ciénaga, le tocó una de las típicas atracciones locales: ver muerto, o casi. Recuerda que en medio del manglar se escuchó un traquido de la locomo-

tora, antes de que tres soldados con sables aparecieran por el pasillo del vagón persiguiendo a un hombre desnudo. El perseguido saltó al agua y se escabulló entre los mangles, pero los soldados lo tenían demasiado cerca. Minutos después, retornaron enfundado. Así es la vida, dice Bowles en español, replicando seguramente la exclamación de algún pasajero.

Lo del tráfico de marihuana fue un asunto menor, más bien circunstancial. Bowles realmente no fue aficionado a las drogas de ningún tipo. El hachís, bebido en forma de kif, le produjo en Tángner una traba mayor, que lo hizo perder por el barrio antiguo durante horas. Como para no repetirlo. Y la marihuana en hierba, que probó de un joven venezolano antes de llegar a la costa suramericana, precisamente en el viaje que lo trajo a Colombia, tampoco le hizo gracia. Sin embargo, antes de tocar La Guaira, el muchacho le regaló todos los baretos con la advertencia de que los escondiera bien entre sus cosas. Bowles entró y salió con ellos por nuestro país sin darse cuenta, y los vino a encontrar otra vez cuando iba rumbo a California. Dos marineros gringos, sujetos de tan aromático regalo, lo trataron con el respeto que se le debe a un gran traficante.

Bowles murió en Tángner, Marruecos, en 1999. Vale la pena leer sus cuentos de personajes extraños y alucinados por el desierto, o de millonarios que viajan por el África de espaldas a la Guerra Mundial. Después de estar en contacto con Bowles, es difícil no querer salir a recorrer el mundo, así sea para tocar otra costa o enfermarse en otra parte. ☘



A. Monterroso

6. Extinción

Y cuando despertó, Monterroso ya no estaba ahí.



Tobías

Cigarrería
Girardot

Lunes a sábado
Venta de licores y confitería
Cerveza

Servicio a domicilio

Cra 43 Nro 52-65
Tels. 239 5180 - 239 6044

**Siente...
tu Área**

**Porque el clima
dejó de ser un misterio...**

clima

24/7

Medellin - Área Metropolitana del Valle de Aburrá

Clima 24/7 cuenta con la más avanzada tecnología de Latinoamérica: radar hidrometeorológico, radiómetro, estaciones pluviográficas, de temperatura, de nivel de ríos y software con datos del satélite y graficación climática usado por canales como Weather Channel y CNN.

www.clima247.gov.co

medellin
aquí te ves



Alcaldía de Medellín

Área
METROPOLITANA
Valle de Aburrá